

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavorara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José Maria Castellanos.

A S. M. la Reina Da. Isabel II. (1)

Charitas non es ambitiosa
Non querit quæ sua sunt.

S. PABLO A LOS CORINTOS, XIII, 5.

Impulsos del corazon
Traénme, señora, á tus piés,
¡Ah! No temas; que no es
Mi pecado la ambición.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Raudó giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y aspiro en la inmensidad,
Tranquilo, dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y libertad.

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario,
No es el nûmen sanguinario
Que agita nefanda tea;

No es la ley de los que oprimen.
A tristes de débil pecho,
Ni el miserable derecho
Conquistado por el crimen.

La fé, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en pròvida alianza
Fuente de la libertad.

Por eso apuro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Expansion del sentimiento.

Deja ¡oh Reina! que un instante
Llegue á tus plantas gozoso
Y que á tu sombra reposo
Busque el peregrino errante.—

Hay en España una tierra
Siempre verde, siempre hermosa.
Alza en ella magestuosa
Su frente gigante sierra,

Que allende la mar vé el moro
Allá desde el Atlas rudo,
La contempla torvo, mudo,
Bañado en acerbo lloro;

Y en cólera aun no apagada,
Su fuerte pecho se agita;
Que aquella tierra bendita
Es la tierra de Granada.

Un rey débil la perdió:
Ganóla cristiana gente;
Es la perla de Occidente:
De esa tierra vengo yo.

¿Quién me trajo? ¿Cómo aquí
Bajo artesano opulento,
Yo que sólo al libre viento
Siempre mis cantares di?

¿Yo el sencillo trovador
Entre el tumulto escondido,
Como se esconde en su nido
En el bosque el ruiseñor!

¿Por qué suena mi laúd
En donde el potente mora?—
Aquí me trajo, señora,
La mágia de tu virtud.

Iba yo con triste anhelo
A mis sueños entregado,
En la tierra el pié cansado,
Fija la vista en el cielo.

Mis sueños vino á turbar
Hondo gemido que oí;
Volvi el rostro y luego vi
A una cuitada llorar.—

¿Porqué lloras?—Pobre España,
Pídeme otra vez dinero;
Y ¿cómo darle, aunque quiero,
Si es mas pobre mi cabaña?

Tributo yo le pagué,
Dios sabe con cuánto afán!
¿Cómo á mis hijos sin pan,
Siendo madre, dejaré?

¿Dios no tiene un ángel bueno
Que á los pobres nos acuda?
Quedó de quebranto muda;
Dobló la faz sobre el seno....

Y pasó. Por donde fui
Solo quejas escuché,
Llanto en los unos miré,
Amenaza en otros vi;

Y se escuchaba el rumor
De pueblo ya conmovido,
Como lejano zumbido
De huracan aterrador.

¡Oh, Dios! á tu pueblo mira;
No levantes de él tu mano;
Castiga al réprobo insano
Que provoca audaz tu ira;

Mas ¡ah! ¡no al honrado y fiel
Alcance tu indignación!....
Y Dios en el corazon
Tocó á la augusta Isabel.

Ardió en amor: corrió el lloro
De sus ojos, siempre fijos
En sus pueblos, en sus hijos;
Brotó de sus manos oro:

Y España la oyó esclamar
Trasportada de alegría:
¿Bien haya la hacienda mia,
Que os puede el llanto enjugar!

¿Rica yo? ¿Vosotros penas?
Tomad la herencia sagrada
Por mis abuelos ganada,
Y la sangre de mis venas.—

Dios tu corazon bendijo,
Por él brilló la ventura,
Por él luego su amargura
Trocó España en regocijo.

Y en ardoroso tropel
Amante te vitorea,
Y zumba el bronce y voltea
Aclamándote, Isabel.

¡Oh tú, que en lazos tan bellos
Corazones eslabonas;
Tú que ciñes dos coronas
Sobre tus blondos cabellos:

La altiva diadema real,
Y la de virtud, mas cara;
¡Oh, tú, mi reina preclara!
Ven á mi mundo ideal.

Yo soy un mago que evoco
A los héroes cuando canto,
Y del polvo los levanto
Si su helada tumba toco;

Y como aliento recibo
De las pasadas grandezas,
Héroes cantando y proezas
Entre sarcófagos vivo.

Hay uno que admiro yo
De las artes muestra rara,
Que en mármoles de Carrara
En buen Borgoña labró.

Yacen en bultos sobre él,
Cual durmiendo en sueño blando,
El católico Fernando,
La católica Isabel.

En la densa oscuridad
Se envuelve la nave altiva,
Y parece que la ogiva
Se pierde en la eternidad.

Alto silencio; la gloria
Allí reposa de España:
Allí de hazaña en hazaña
Va pasando la memoria.

Sombras se miran vagar
De alto nombre y gran valor,
Y como en guardia de honor
Yace á la puerta Pulgar.

Colon, un mundo en la mano,
Ante Isabel se arrodilla,
Y en la de Gonzalo brilla
La espada del Garellano.

Allí en el retablo están,
Con su cruz el gran Cisneros
Y agueridos caballeros,
Conquistadores de Orán.

A compasion nos provoca,
Yaciendo en letal reposo
Junto á Felipe el Hermoso,
La infeliz Juana la Loca;

Y porque en aquel recinto
Nada falte á lo inmortal,
Allí el águila imperial
Representa á Carlos Quinto.

¡Oh, cuán puras, cuán brillantes
Las páginas de la historia
Eternizó la memoria
De aquel mundo de gigantes!

¡Isabel! Tú, que en grandeza
A aquellos héroes igualas;
Tú, que has tendido las alas
Y has llegado hasta su alteza;

(1) Esta composicion en redondillas acaba de ser premiada por la Academia Española.

El premio que se le acordó, es una medalla de oro, de peso de dos onzas, con el lema *Limpia, flja y dá esplendor* en el anverso, y la inscripcion *Al mas digno* en el reverso, encerrada en un precioso estuche.

Tú, que no rindes al oro
Miserable idolatría
Y le truecas, Reina mía,
Por mas preciado tesoro;

Tú, cuya fé se acrisola
Del patrio amor en la hoguera,
Y eres con el alma entera
Antes que Reina, española;—

Renueva antiguas hazañas,
Rompe del tiempo los lazos,
Alza á la gloria en tus brazos
Al hijo de tus entrañas;

Hazle la imagen tocar
De la primera Isabel,
Y en ella, en tí, tome fiel
Ejemplo para reinar.

Manuel Fernandez y Gonzalez.

Caridad III.

LA NOCHE.

I.

Al sepultarse en el ocaso, vierte
Su último rayo, el placentero sol;
Y en la alta torre de la iglesia, vibra
De la campana el plañidero son.

La brisa errante que en las flores juega
En sus corolas á dormirse vá,
Bajo las ramas del espeso bosque
Tristes las aves, á ocultarse van.

La blanca arena que su linde marca
Besa apacible la serena mar,
Todo en la tierra una oracion murmura,
El mundo se ha trocado en un altar.

El sol se oculta: en el espacio tiende
La negra noche el tenebroso tul.
Osado el crimen su antifaz arroja.
Temerosa se oculta la virtud.

Es la noche; es la hora del reposo
Para el que tiene un techo paternal:
La hora del pesar y la agonía
Para el triste que vive sin hogar.

Es para aquel á quien la dicha mece
La hora de la esperanza y del amor:
Y para aquel á quien el mal sacude
La hora del desengaño y del dolor.

Que se aumenta el pesar de los que sufren
Cuando tiende la noche su crespon:
Por ellos es que reza el Universo
Todas las tardes, al morir el sol.

Por ellos vierte el estrellado cielo
Sus purísimas lágrimas de amor:
Por ellos gime el apacible río
Y la brisa murmura una oracion.

Que todo, todo, en la natura, ruega
Por los pobres proscriptos del placer.
Ella es la fuente en que el viajero bebe
El agua bendecida de la fé.

II.

Tú que atraviesas la mundana vía
En el carro triunfal de la alegría,
Aspirando la brisa del amor:
Y que llevas impresa en tu mirada
La dicha sin rubor, inmaculada,
Que abraza tu sencillo corazón.

Eleva al cielo tu plegaria ardiente,
Cuando se oculte el sol en occidente,
Por aquellos que agobia el padecer,
Reza por todos los que tristes lloran,
Que es esa la misión de los que moran
En la gruta celeste del placer.

Piensa que si la noche silenciosa,
Es para tí una hora deliciosa,
Una fuente de dichas y de amor;
Es también para el misero mendigo
Y para el pobre niño sin abrigo,
Una fuente de llanto y de dolor!

José Pedro Varela.

Julio 18 de 1865.

Recuerdo.

Te he visto entre las brumas de la tarde
Te he mirado á la luz del medio día,
Te he contemplado con la blanca luna
Y con las sombras de la noche umbria.

En el suave perfume de las flores
He aspirado el perfume de tu aliento;
En el triste murmullo de la brisa
He sentido los ecos de tu acento.

En el cándido rayo de la luna
He encontrado la luz de tu mirada;
Y en los rosados tintes de la aurora
Los tintes de tu sien inmaculada.

Pero he buscado en vano un panorama
Donde fuera tu alma á reflejarse;
Que no hay un solo espejo en la natura
En donde ella pudiera retratarse.

Porque el sol y los cielos y la luna
Y la flor y la brisa y la mañana,
Todo tiene una nube que lo enluta,
¡Sello fatal de la miseria humana!

Y á tu alma, pura, como tu alma frente,
Pura como la imagen celestial,
Ni la enluta la sombra de una duda,
Ni la empaña la nube de un pesar.

Por eso yo que solitario vivo,
Te consagro la fé del corazón.
Que adoro á Dios al adorarte Virgen,
Y al mirar tu pureza, miro á Dios!

José Pedro Varela.

Diciembre 12 de 1864.

SALAMBÓ

obra escrita en francés

POR GUSTAVO FLAUBERT

traducida para

«LA REVISTA LITERARIA»

POR AGUSTIN DE VEDIA

XII.

EL ACUEDUCTO.

Doce horas despues de las escenas contadas al terminar el anterior capítulo, Hamílcar obtenia una gran victoria sobre el ejército de los Bárbaros y dejaba el campo de batalla para tomar una posición mas ventajosa—La defección de Nari-Havas y la pérdida del Zaimph que pronto se difundió por las masas mercenarias, contribuyeron poderosamente al éxito de la jornada.

El teatro del combate abandonado también por los Bárbaros que huyeron en desordenadas masas, presentaba el espectáculo mas horrible que imaginarse pueda—Al acercarse la noche, grupos de Mercenarios y todas sus mugeres volvieron á recoger sus muertos y heridos—La operación no era muy fácil por las horribles heridas que desfiguraban completamente á los mas, pero como todos tenían en los brazos ó el pecho las marcas distintivas de su raza, por ellas eran reconocidos por sus compatriotas—Los antiguos soldados de Antioco tenían pintado en el brazo un gavilán—los que sirvieron en Egipto, la cabeza de un cinocéfaló—los Asiáticos, una acha, una granada ó un martillo, segun sus diversas tribus—los hijos de la Grecia, una ciudadela perfilada ó el nombre de un arconte y los individuos de otros pueblos ó tribus, eran fáciles de reconocer, por la multiplicidad de símbolos que cubrían sus brazos ó pecho, entreverados con sus antiguas cicatrices ó sus heridas recientes.

Cada nación rindió á los suyos los honores fúnebres segun sus costumbres—Los Griegos los enterraron abriendo fosas con sus dagas—los Esparciatas envolvían el cuerpo de sus compatriotas en sus capas rojas—los Cantabros los enterraban bajo un monton de piedras—los Nasamones, plegaban en dos á los suyos sugetándolos con fuertes correas y los Garamandos los enterraron en la playa del mar, á fin de que las olas regasen perpétuamente sus sepulturas—los Latinos se desolaban, quemando sus cadáveres, por no poder recoger en urnas sus cenizas—los Nomades deploraban no poder enterrarlos en los arenales calientes, donde los cuerpos se momifican y los Celtas, no poderlo hacer bajo tres piedras brutas, en el fondo de un golfo plagado de islotes, frecuentemente regados por las lluvias.

Durante esa fúnebre agitación, reinante allí en las sombras de la noche ó á la luz de antorchas resinosas, se elevaban por momentos, evocaciones que tenían por objeto, forzar á las almas á regresar—las almas no venían, pero el clamor se reproducía con voluntaria insistencia—Algunos se escusaban con sus muertos, por no poder honrarlos como lo prescribían sus ritos, pues á causa de eso, las almas tenían que circular durante periodos infinitos, al través de toda especie de ocasos y transformaciones—los interpelaban sobre cual era su deseo—otros por oposición, llenaban de injurias á los suyos por haberse dejado vencer.

Las mujeres cuando reconocían á los hombres de su predilección, presentaban el espectáculo de la desesperación personificada y hacían llorar á los hombres y era necesario arrancarlas á la fuerza del cuerpo de sus queridos....

Al rielar la aurora del siguiente día, Hamílcar propuso á sus prisioneros ingresar en sus tropas y servir á su sueldo—muchos rehusaron intrépidamente la propuesta y el suffeta, no queriendo enviarlos al Gran Consejo que los haría ejecutar, los puso en libertad bajo el juramento de no hacer la guerra á Cartago—En consecuencia, partieron en dirección al punto en que los Mercenarios estaban acampados, para despedirse de ellos y seguir viaje á sus hogares—Los que aceptaron la proposición de Hamílcar, fueron incorporados á su ejército y bien tratados para excitar á la defección á sus compatriotas.

Esta táctica, sin embargo, no produjo el resultado que Hamílcar esperaba—bien al contrario, los Bárbaros enfurecidos por su derrota, se vengaron de ella sobre sus cautivos, que no fué posible libertar en la pelea.

Hicieron un gran círculo y colocaron dentro á los infelices, invitando á las mujeres á ultimarlos—No fué necesario violentarlas, pues se precipitaron como fieras y se entregaron á todos los excesos de una venganza salvaje, empezando por picarles los ojos con agujas—Los *tragones de cosas inmundas* también concurrieron á aquella horrible fiesta é inventaron infernales medios de martirio antes de dar el golpe mortal—Así murió Giscon y sus amigos.

Mátho, á pesar del sombrío furor que le asediaba por la traición de Nari-Havas—la pérdida del Zaimph—su derrota inesperada y mas que eso aún por la desaparición de

Salambó, reunió en consejo á los gefes principales y en su presencia hizo pegar fuego á su tienda que tenia impresa la mancha de sangre puesta por la mano del rey Numida en fé de su alianza—Cuando se hubo reducido á cenizas y estas fueron dispersas al viento, empezaron á discutir sobre su situacion y medidas que convenia tomar para repararla.

La derrota fué atribuida á la traicion de Nari-Havas—al incendio del campo de los Libyos—á la pérdida del Zaimph—al ataque súbito de Hamilcar y sobre todo á sus maniobras estratégicas—Ninguno de los gefes, era por consiguiente culpable, puesto que hasta el poder de los Dioses, vinculado en el velo, se habia declarado contra ellos.

Se sometieron á exámen las dificultades y peligros que los amenazaban—Hamilcar les cerraba el paso para Cartago y se encontraban entre su ejército y las provincias de Nari-Havas—era de suponer que las ciudades tirias se unirían á los vencedores y todas esas fuerzas reunidas, los anonadarían—Tenia que suceder eso, sin remedio, á no ser que se pudiese levantar el espíritu abatido de los Mercenarios y hacerles sentir la necesidad imperiosa de dar una batalla interminable, hasta obtener la victoria.

—«Yo me encargo de eso!» exclamó Spendius y la discusion se cortó.

Dos horas despues, un hombre que venia del lado de Hippo-Zarite, penetró en el campo de los Bárbaros agitando tablillas en sus manos y gritando muy fuerte—Pronto fué rodeado por la multitud é informó que las tablillas eran enviadas por los soldados griegos de Cerdeña, que recomendaban á sus compañeros de Africa, la vigilancia de Giscon y los otros cautivos, pues un tal Hipponax, mercader de Samos que venia de Cartago, les habia informado que se organizaba un complot para hacerlos evadir—Que era preciso temerlo todo, pues la República era poderosa.

Este incidente, era un estratagema de Spendius, que al principio no dió el resultado que él se prometia—Aquella seguridad de un peligro nuevo, lejos de excitar el furor, al contrario, avivó los temores y recordando la advertencia que Hamilcar, algun tiempo antes, les habia dirigido, creyeron que algo imprevisto y terrible les iba á suceder.

La noche pasó en continua alarma para los Bárbaros, pero al dia siguiente, un segundo chasque se presentó, cubierto de polvo y jadeante de cansancio—Spendius le arrancó un rollo de papiros cubierto de escritura fenicia, por la cual se suplicaba á los Mercenarios que no se desanimasen, pues los valientes de Tunis iban á venir con grandes refuerzos.

Spendius se hizo conducir en hombros de dos Capadocios, por todo el campo y leyó á los diversos cuerpos, el contenido de la comunicacion, arengándolos en seguida—A los Mercenarios les recordaba las promesas del Gran Consejo—á los Africanos, las crueldades de los intendentes y á todos, la injusticia de Cartago, que él cargaba con los mas negros colores—Les decia que el procedimiento del Suffeta con los prisioneros, no era mas que un artificio para engañarlos y destruirlos sin riesgo—Luego les presentaba la perspectiva de la victoria,

si continuaban la guerra con perseverante esfuerzo—y la victoria, era la libertad, la venganza y la riqueza—Este último resultado, se los presentaba como infalible, pues Tunis y la Libya entera, se precipitaban en su auxilio—Les mostraba el papiros desplegado, diciéndoles con énfasis:

—«He aquí sus promesas, leedlas y veis que no es mentira lo que os digo!»

Tanto hizo, aquel hombre de astucia infernal—aparentó tanta cólera y entusiasmo, que comunicó una y otra á las hordas y los decidió á cortar las cabezas á los cautivos y arrojarlas á inmediacion del campo púnico, como un testimonio de su odio y una declaracion de guerra á muerte, inexorable y esterminadora!

Una vez que esa idea se apoderó de los ánimos, corrieron á ponerla en práctica—Cuatro heraldos armados de vocinas, se acercaron al campo de los Cartagineses y declararon, que en lo sucesivo, seria inútil toda proposicion de conciliacion, pues los parlamentarios serian despedidos despues de cortarles las manos.

Inmediatamente despues, Spendius marchó á Hippo-Zarite á pedir víveres y la ciudad tiria se los envió esa misma noche.

En la mañana siguiente, partieron rápidamente costéando la ribera del mar, decididos á apoderarse de esa misma ciudad que así los favorecia.

Hamilcar viéndolos alejarse y que su clemencia con los prisioneros, no le habia dado el resultado que se prometia, tomó la resolucion de ser inexorable en lo sucesivo—Esa misma noche, envió al gran-consejo un dromedario cargado con los brazaletes recogidos en el campo de batalla y con amenazas terribles, ordenaba que se reforzase su ejército y se le enviasen toda clase de recursos, para dar el último golpe al enemigo.

La sorpresa de los Cartagineses con la noticia de la victoria alcanzada por su ejército, fué tanto mas viva, cuanto que creyéndole perdido sin esperanza, creian que de un momento á otro llegaria la noticia de su completa destruccion—El recobro del Zaimph, anunciado vagamente, imprimia cierto sello de maravilloso á aquel resultado inesperado—Así, los Dioses y la fuerza de Cartago, parecian pertenecer al vencedor y aunque esto intrigaba vivamente á sus enemigos, no se atrevian sin embargo, á profetizar una queja ó recriminacion y antes del término prescripto por Hamilcar un ejército de cinco mil hombres, estuvo pronto para marchar y se dirigió hácia Utica para cubrir la retaguardia del ejército de Hamilcar y otros tres mil debian dirigirse por mar á desembarcar en Hippo-Zarite y rechazar de allí á los Bárbaros.

Hannón fué encargado del mando de esas tropas y él confió la direccion del ejército de tierra á su segundo Mayadasan, conduciendo él mismo las tropas de desembarco—Pero Hippo-Zarite observó con él la misma conducta que con los Bárbaros—le cerró sus puertas y no dió oído á sus intimaciones—No obstante eso, le suministraban los víveres y le conjuraban, como á aquellos, á que no los comprometiese y se retirase con sus buques.

Hannón tuvo que contentarse con bloquear el puerto sin arriesgar un combate—Al fin, consiguió que los jueces de Hippo-

Zarite, recibiesen dentro de sus muros, á trescientos de sus soldados y él dió la vela al cabo de los Racimos, para de allí, hostilizar á los Bárbaros—operacion inoportuna y hasta peligrosa—su envidia le aconsejaba mal, trababa todos los planes de Hamilcar y comprometia la empresa—Exasperado este, por tal conducta, escribió al consejo para que lo desembarazasen de él y Hannón recibió orden para regresar á Cartago, á donde volvió furioso, contra lo que él llamaba, la bajeza del consejo y la locura de su colega—De esto resultó una complicacion de circunstancias, que empeoraron la situacion del ejército, desvaneciendo las halagüeñas esperanzas que llevaron á Cartago la alegría—Como si todos esos contrastes no fuesen suficientes, se supo que los mercenarios de la Cerdeña habian crucificado á su general, apoderándose de las plazas fuertes y degollado á todos los hombres de raza cananea—El pueblo Romano, aprovechando la ocasion, amenazó tambien á la República con hostilidades inmediatas, si no les entregaba la isla de Cerdeña toda entera, pagando á mas, mil doscientos talentos.

La alianza que los Bárbaros propusieron á Roma fué aceptada y en buques de transporte les enviaron gran cantidad de harina y carnes secas—Los Cartagineses persiguieron ese convoy y consiguieron apoderarse de quinientos hombres, pero tres dias despues, una de sus flotas que venia de la Bysacena con víveres para Cartago, naufragó toda entera bajo una horrible tempestad y por el hecho, los Dioses evidentemente se declaraban contra ella—al menos, tales eran las creencias de los pueblos de aquel tiempo, en las épocas de tribulaciones.

Cuando se supo en Hippo-Zarite la situacion de los negocios públicos en Cartago, hicieron subir á las murallas á los trescientos hombres que Hannón les habia dejado y allí, los agarraron de sorpresa por las piernas y con inaudita villania, los arrojaron al exterior de la plaza—los que no murieron del golpe, fueron perseguidos á flechazos, obligándolos á arrojar al mar donde se ahogaron.

Mayadasan, que segun las órdenes de Hannón acampaba cerca de Utica, sin hacer caso de las instancias de Hamilcar, tambien hizo recibir en la ciudad parte de sus fuerzas y los habitantes, de acuerdo con los de Hippo-Zarite, embriagaron á todos los soldados Cartagineses con vino mezclado con madragora y luego que estuvieron dormidos los degollaron.

Al mismo tiempo llegaron los Bárbaros—Mayadasan huyó y las puertas de la ciudad se abrieron y desde entonces las dos ciudades tirias se consagraron á sus nuevos amigos, dejándose llevar de un odio inconcebible contra sus antiguos aliados.

Esa decepcion á la causa púnica, era un consejo y un ejemplo dado á las poblaciones circunvecinas, que inciertas hasta entonces, ya no trepidaron y la rebelion cundió—Hamilcar lo supo y creyéndose perdido sin remedio si permanecia en campaña, envió á Nari-Havas á proteger las fronteras de la Numidia y él tomó la resolucion de regresar á Cartago para reforzar allí su ejército y volver á empezar la guerra.

A penas se movió el ejército Cartaginés, hicieron otro tanto los Mercenarios en su

persecucion y casi juntos llegaron á Cartago—A la voz tonante de Mátho hasta los cojos precipitaban el paso, pero toda su actividad fué perdida por la uniformidad de las operaciones de Hamilcar—Las puertas de Malqua, de Tagasta y de Khamon, se abrieron para recibirle—el cuadro Cartaginés se fraccionó en tres divisiones y entraron al son de los instrumentos y de la algazara del pueblo.

Hamilcar quedó el último en la puerta de Khamon—echó pié á tierra y picando el anca del caballo con la punta de su espada, le lanzó sobre los Bárbaros y entró—tras él, las puertas se cerraron....

Mientras que así se precipitaban los acontecimientos al derredor de Cartago, el rumor de la guerra, ultrapasaba los límites del imperio púnico y desde las columnas de Hércules, hasta mas allá de Cyrene, preocupaba los ánimos de manera, que hasta los pastores meditaban sobre ella, á la vez que vigilaban sus ganados.

La poderosa Cartago, dominadora de los mares, espléndida como el sol y aterradora como la ira de los Dioses, se hallaba en conflictos por la amenaza armada de los Bárbaros! Varias veces se divulgó la noticia de su caída y todos la creyeron, porque todos la deseaban, tanto los pueblos que la execraban, por su tiranía, como los que envidiaban su poder ó codiciaban sus riquezas.

Esos ódios pues, fermentaban en silencio cuando se creía á Cartago invencible, estallaron luego que la ocasion se presentó y el ejército de los Mercenarios se engrosó con los contingentes que de todas partes acudían á participar de los despojos de la gran ciudad—Los Nomades de la planicie de Barca—los bandidos del cabo Phiscus y del promontorio de Derné—los de Phazzana y de la Marmorica, atravesaron el desierto, apagando su sed en los manantiales salitrosos, protegidos por construcciones de huesos de camellos—Los Zuacies cubiertos de plumas de avestruz, abandonaron sus hogares y acudieron á la fiesta, que el derumbe de Cartago prometía.

Era aquello una romería de diversidad de razas conducidas en caballos unas y otras en asnos, en onagros, en zebras, en búfalos y algunos traían sus familias, sus ídolos y hasta el techo de sus cabañas—Se distinguían allí los Ammonianos, en sus carnes arrugadas por el agua caliente de sus fuentes—los Atarantes que maldecían al Sol—los Trogloditas, en cuyas costumbres se observaba la muy singular, de enterrar sus muertos bajo ramas de árboles, celebrando el acto con risas estridentes—los asquerosos Auseanos que se alimentaban con langostas—los Achyrmachides y los Gysantes, cuyo principal alimento eran los monos de que su país abunda.

Todas esas hordas acamparon estendiéndose sobre la ribera del mar, pues los mercenarios que sitiaban la ciudad, ocupando el istmo, no quisieron consentir su proximidad.

Mas tarde se presentaron del lado de la Ariana, las hordas del occidente—los cazadores del Malethut-Baal y del Garaphos, vestidos con pieles de león—los Gétulos cubiertos con corazas de piel de serpiente—los Pharusianos, Caunes, Macares y Tilabares, armados de dardos y broquel redon-

do de piel de hipopotamo—En fin, para decirlo de una vez, el Africa entera se desbordó como un torrente sobre Cartago.

La confusion de las armas no era menor que la de los vestidos y pueblos—todo instrumento de muerte allí se veía—puñales de madera, achas de piedra, tridentes de márfil, sables dentados como serruchos, cuchillos con muchas bifurcaciones, imitando los ramales de las defensas de un antilope, podaderas atadas al extremo de una cuerda para lanzarlas y recogerlas, triángulos de hierro, masas y picos—Los etiopes del Bambotus, ocultaban dentro de su motosa cabellera, pequeñas flechas envenenadas—otros habia, que solo tenían una bolsa de piedras—y otros tambien, que cual las fieras á sus garras, se atenían á sus dientes, como potente medio de matanza.

El terror reinaba en Cartago, que de tal manera se viera circundada y no fué propio para disiparlo, la vista de las máquinas de sitio enviadas por las ciudades tirias—Se adelantaban hácia los muros esas monstruosas construcciones, con sus mástiles, sus brazos, cordages, articulaciones, chapiteles y defensas—sesenta carrobalistas, ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta tollenones, doce carneros y tres gigantescas catapultas, que lanzaban pedazos de roca del peso de quince talentos—Masas de hombres conducían todas estas máquinas impulsándolas por su base y así llegaron hasta colocarse á la distancia conveniente de los muros.

Sin embargo, todos esos preliminares, nada sério anunciaban por el momento, pues se necesitaban todavia muchos dias para organizar un sistema de ataque y defensa que prometiese probabilidades de éxito—Los Mercenarios aleccionados por sus derrotas, no querían ya comprometerse en empresas de dudoso resultado—Estas razones imperaban tambien entre los sitiados y unos y otros, se preparaban para la lucha convencidos de que una vez empezada, solo se terminaria con la victoria de uno y el esterminio del otro.

Cartago podia resistir largo tiempo, pues sus fortificaciones eran formidables, muy especialmente del lado del acueducto, razon por la cual, la vigilancia por ese punto, era menos activa que por otros lados—Spendius que observó eso, pensó llegado el momento oportuno para realizar un atrevido proyecto que bullia en su cabeza.

El antiguo esclavo se ejercitó durante muchos dias en tirar flechas á los fenicopteros del lago y una hermosa noche de luna, suplicó á Mátho que hiciese encender una grande hoguera, al mismo tiempo que toda su gente prorumpiese en alaridos—De acuerdo ya sobre esto, él, acompañado de Zarxas, se dirigió hácia Tunis costeando el golfo y á la altura de los últimos arcos, se dirigieron recto al acueducto—Al aproximarse, el sitio era descubierto y avanzaron arrastrándose hasta la base de los pilares—Los centinelas de la plataforma se paseaban tranquilamente, cuando he aquí, que la hoguera encargada á Mátho iluminó el espacio y una inmensa grito se alzó mezclada al metálico sonido de los instrumentos bélicos—Los soldados de guardia en aquel punto creyendo que se trataba de un asalto, corrieron á la defensa y uno solo quedó allí—Zarxas preparó su honda, pe-

ro por prudencia ó ferocidad, Spendius lo detuvo diciéndole:

—«Nó! el silvido de la piedra se sentirá! Déjalo á mi cargo!»

Dicho esto, armó su arco y con fuerte y diestra mano lanzó una flecha y el centinela cayó.

—«Está muerto, dijo Spendius, porque si estuviese herido, le oiríamos quejarse.»

Entonces, subió á la plataforma, haciendo uso de los mismos medios que en la anterior expedicion en compañía de Mátho—Luego que estuvo arriba, dejó caer la cuerda y Zarxas ató á ella un pico y un escoplo y se alejó—Spendius levantó una de las lozas del acueducto, entró en él y la dejó caer sobre sí—Aquel hombre atrevido, práctico en aquella construccion, se puso á trabajar con verdadera furia para cortar el acueducto en dos y despues de esfuerzos casi sobre humanos lo consiguió y en el mismo instante, una catarata—un rio entero se precipitó á la llanura—Aquello, era la muerte de Cartago y la victoria de los Bárbaros!

A la esplosion de las aguas que se efectuó al despuntar la aurora, todo el pueblo Cartaginés acudió á las murallas ó subió á las azoteas y á la bóveda de los templos—Los Bárbaros tambien corrieron hácia la gran caída de agua, en tumultuosa algazara y en los estravagantes arranques de su alegría, se dejaban empapar por la catarata.

Sobre la cúspide del acueducto se veía un hombre, vestido con túnica obscura hecha pedazos—Se mantenía á la orilla del parapeto, con las manos en las caderas y el cuerpo inclinado hácia abajo, mirando estasiado su obra—Luego se enderezó con ademan arrogante que parecia decir:

—«Ahora, el amo soy yo!»

A la vista de aquel hombre, los aplausos de los Bárbaros, estallaron como una tronada y los Cartagineses comprendiendo al fin la magnitud del desastre, rugían de desesperacion.

(Continuará.)

El último día de un condenado

POR VICTOR HUGO

traducido para la «Revista Literaria»

por J. P. V.

XVIII.

Mientras que escribía esto, mi lámpara ha palidecido, el día ha llegado y el reloj de la capilla ha dado las seis.

¿Qué quiere decir esto? El carcelero de guardia ha entrado en mi calabozo, se ha quitado su sombrero, me ha saludado, se ha escusado porque me distraía y me ha preguntado dulcificando cuanto pudo su ronca voz, lo que quería almorzar.

He temblado—¿Sería para hoy?

XIX.

¡Es para hoy!

El mismo director de la prision acaba de visitarme. Me ha preguntado en qué podría serme útil ó agradable; ha espresado el deseo de que yo no tuviera que quejarme de él ó de sus subordinados; se ha in-

formado con interés de mi salud y del modo con que habia pasado la noche; al despedirse me ha dicho *Señor*.

¡Es para hoy!

XX.

No cree, ese carcelero, que yo tenga que quejarme de él o de sus subordinados. Tiene razon, haria mal si lo hiciera; han hecho su oficio, me han guardado bien; ademas han sido políticos á la llegada y á la salida. ¿No debo estar contento? Ese buen carcelero, con su sonrisa benigna, sus palabras cariñosas, su mirada que halaga y espia, sus gruesas y largas manos, es la prision encarnada, es Bicétre que se ha hecho hombre. Todo es prision al rededor de mí; la encuentro bajo todas las formas, bajo la humana, como bajo la de cadenas y cerrojos. Esa pared es la prision de piedra; esa puerta, la prision de madera; esos carceleros, la prision de carne y hueso. La prision es una especie de ser horrible, completo, indivisible, mitad casa y mitad hombre. Yo soy su presa; me cubre, me envuelve con todos sus pliegues, me encierra bajo sus muros de granito, me encadena con sus cerraduras de fierro, me vigila con los ojos de sus carceleros.

¡Oh miserable! ¿Qué va á ser de mí? ¿Qué me harán?

XXI.

Ahora estoy en calma. Todo está concluido: bien concluido. He salido de la horrible ansiedad en que me habia dejado la visita del director. Pues, lo confieso; esperaba aun. Ahora, gracias á Dios, ya no espero.

Hé aquí lo que acaba de sucederme.

En el momento en que daban las seis, la puerta de mi calabozo se ha abierto, un anciano de cabeza cana, vestido con un sobretodo oscuro entró. Entreabrió su sobretodo, vi una sotana y un crucifijo. Era un sacerdote.

Aquel sacerdote no era el limosnero de la prision; esto era siniestro.

Se ha sentado enfrente de mí con una sonrisa complaciente; despues ha sacudido la cabeza y ha levantado los ojos al cielo, es decir, al techo del calabozo.

—Hijo mio, me dijo, ¿estáis preparado?

—No estoy preparado, pero estoy pronto, le respondí con una voz débil.

Sin embargo mi vista se turbó, un sudor glacial brotó de todos mis miembros, sentí mis tímpanos hincharse y mis oídos zumbando.

Mientras que vacilaba sobre mi silla como dormido, el buen viejo hablaba. Al menos me parece y creo haber visto sus lábios moverse, sus manos agitarse, y sus ojos brillar.

La puerta se ha abierto una segunda vez; el ruido de los cerrojos me ha sacado á mí de mi estupor, á él de sus discursos. Una especie de caballero vestido de negro, acompañado del director de la prision se presentó y me saludó profundamente. Aquel hombre tenia en el rostro, algo de la tristeza oficial de los empleados de las pompas fúnebres. Tenia un rollo de papel en la mano.

—Caballero, me dijo con una sonrisa de

cortesía, soy el ugiar de la real corte de Paris. Tengo el honor de traer un mensaje de parte del señor procurador general.

Pasada la primera conmocion, toda mi presencia de espíritu me volvió.

—¿Es el señor procurador general, quien ha pedido con tanta insistencia mi cabeza? le dije; me honra mucho escribiéndome. Espero que mi muerte vaya á causarle un verdadero placer; pues me seria amargo pensar que la ha solicitado con tanto ardor y que le es indiferente.

He dicho todo esto y he agregado con una voz fuerte:—Leed, caballero.

Se puso á leer un largo testo, cantando al fin de cada línea, y hesitando á la mitad de cada palabra. Era el rechazo de mi apelacion.

—La sentencia será ejecutada hoy en la plaza de Gréve, agregó cuando hubo concluido, sin levantar los ojos de su papel timbrado.

Partimos á las siete y media juntos, para la Concerjeria.—¿Señormío, tendria Vd. la bondad de seguirme?

Hacia algunos instantes que no lo escuchaba. El director hablaba con el padre; él tenia la vista fija en su papel; yo miraba la puerta que habia permanecido entreabierta. ¡Oh miserable! cuatro fusileros en el corredor.

El ugiar ha repetido su pregunta y esta vez mirándome.

—Cuando querais! respondí.

Me ha saludado, diciendo:—tendré el honor de venir á buscaros dentro de media hora.

Entonces me han dejado solo.

Un medio de huir, Dios mio, un medio cualquiera! Es necesario que me escape! Es necesario ahora mismo. Por las puertas, por las ventanas, por las claraboyas del techo, aunque tuviera que dejar mi carne con mis huesos.

Se necesitarian meses para atravesar esa pared con buenos útiles, y no tengo ni un clavo, ni una hora!

(Continuará)

Diario de viaje.

(Concluye)

Dia 1º. de Noviembre—Como á las seis de la mañana, mudamos el campo á poca distancia á orillas de una laguna donde siguió el cambio con los indios, de caballos y mulas con vacas y ovejas; nos ocupamos de preparar carne para el viaje.

Tenemos aviso de que vienen ochenta indios; son amigos, tratan de amistad y alianza con nuestro coronel Salas, se llaman dependientes del gobierno de Corrientes y amigos del gobernador Ferré.

Otro aviso como á las diez, de una fuerte columna de indios que se aproximaba á nuestro campo; nos preparamos al combate.

Se adelanta el gefe Totiri y pide la paz; se acepta porque dice ser amigo: pero nuestros indios amigos ordenan una columna de ciento ochenta indios dispuestos á la pelea y piden al coronel que no los esponga á ellos solos al enemigo y que permanezcamos nosotros de reserva.

Salas intervino y todo quedó tranquilo. Teniamos repetidos avisos de que los mal-

vados indios Toriri y Tiori nos saldrian al encuentro con quinientos indios armados y bien montados, pero nuestra cautela parece que lo evitó.

A nuestros fieles amigos obsequiamos con ciento treinta vestidos inútiles que agradecieron mucho en presencia de Toriri, al que nada le tocó.

Se fué este malvado á su campo á distancia y á la una de la tarde marchamos en compañía de cuarenta de los indios amigos y todas las mujeres y niños con sus ganados de la tolderia de Colompoton, cuando á pocas cuabras sabemos que Toriri viene sobre nosotros; arreglada y prevenida nuestra fuerza marchamos alejándonos de los toldos: vimos arder los toldos, señal segura de guerra entre los indios, pero ya nos encontrábamos distantes. A las 9 de la noche campamos en el paraje denominado Perro Grande cerca de la tolderia del cacique Macrétobas, nuestro amigo; su tolderia como de doscientos de toda edad y sexo; anduvimos nueve leguas.

Dia 2—A las cuatro de la mañana marchamos é hicimos alto al frente de la tolderia de Mairi, pasamos horas enteras en cambios de caballos y ropas por ovejas y vacas.

Tomamos la marcha forzando el andar de nuestros caballos á pesar del sol abrasador y sin encontrar agua hasta que marchamos á nuestro flanco izquierdo hasta que encontramos el Bermejo; caminamos once leguas y campamos.

Dia 3—A las cuatro de la mañana marchamos y á las nueve hicimos alto en la costa del Bermejo: nos alcanzó el cacique Tamari con catorce caciques mas, con ciento sesenta indios montados y armados, pidieron ropa y le dimos la inútil.

A las diez seguimos despues de habernos despedido de los indios, entramos en un gran campo de buenos pastos y bosques y acampamos á las seis de la tarde cerca de una tolderia de indios Tobas como de doscientos; habiendo andado doce leguas.

Dia 4—Marchamos á las cinco de la mañana despues de comprar algunas ovejas y á las nueve paramos en la ábra llamada Lazo, en que tiene su tolderia como de doscientos el cacique Balenzuela.

A las doce continuamos y á las siete campamos en el Palmarcito, pero habiendo notado no haber agua levantamos nuestro campo y marchamos hasta la laguna del Algarrobo, pues que el Bermejo queda á nuestra izquierda distante 3 leguas. Tenemos muchos hombres que marchan á pie por falta de caballos; anduvimos diez leguas.

Dia 5—A las tres y media de la mañana marchamos é hicimos alto en Palmar Grande para dar de beber á nuestros animales despues de lo que continuamos hasta las once y media que paramos en el Pozo Negro.

Caminamos á las tres de la tarde y campamos á las seis en la Laguna Negra; buen pasto y agua, anduvimos ocho leguas.

Dia 6—A las dos de la mañana marchamos y á las ocho y media paramos en la Laguna Nivora para dar de beber á nuestras cabalgaduras; buen pasto y agua.

A las diez seguimos la marcha y á la una de la tarde principiamos á pasar el gran Palmar.

A las ocho de la noche hicimos alto para descansar pues no hay agua y continuamos á las nueve y media hasta las dos de la mañana en que la sed, el hambre y el sueño nos abatió; anduvimos quince leguas.

Día 7—A las cuatro de la mañana seguimos la marcha y á las nueve dejamos el gran Palmar para entrar en el campo del Algarrobal.

Nos adelantamos varios con la lisonjera esperanza que por noticias formamos de estar cerca.

En efecto, á las 12 y media sentimos el murmullo del gran Rio Paraná, y descubrimos luego á la muy deseada capital de Corrientes; el resto de nuestra columna llegó á las cuatro de la tarde habiendo caminado doce leguas.

Segun el presente diario, resulta que, desde Oran por el trayecto que siguió la columna del coronel Salas hasta el frente de la ciudad de Corrientes, hay doscientas cuarenta y seis leguas, que caminamos en veinte y siete días.

Salas.

Las revoluciones.

En todas las épocas, y en todas partes del mundo, la revolucion ha sido el medio de que se han valido las nuevas ideas, para derrocar las viejas tradiciones, que han simbolizado y simbolizan aun el atraso y el despotismo.

Apesar de las preciosas descripciones que nos hacen del Paraíso, todas las religiones, el mundo era malo desde su principio, y el crimen y el error, eran los que lo dominaban, á lo menos tal es la idea que hace nacer en nosotros el progreso, que no es mas que la desaparicion sucesiva de todos los crímenes y todos los errores.

Si interrogamos la historia, el libro de memorias de la humanidad, vemos que á medida que nos hundimos en el pasado, las sombras se hacen mas densas, y el error se encuentra mas poderoso y mas funesto.

Las primeras revoluciones, son los primeros destellos de luz que penetran en las sombras, los primeros destellos de verdad que penetran en el error.

Pero, cada palmo que avanzan el derecho y la justicia, es un palmo que retroceden el despotismo y el crimen, y para conseguir este resultado, son necesarias la lucha en el terreno de las ideas y la lucha en el terreno de los hechos.

Grecia y Roma, envueltas entre las sombras del error, empiezan á balbucear las primeras palabras de un código político y ellas son la voz de marcha dada á las ideas, para emprender esa larga conquista de la verdad que aun no ha terminado y que tantos trabajos y tantas revoluciones costarán aun á los hombres.

Pero las revoluciones de los griegos y los romanos, son digámoslo así, las luchas del error contra el error; apenas si en los revolucionarios hay algunos átomos de verdad; apenas, si hay mas progreso que el de conmover en su trono al despotismo y el de dar el ejemplo de la insurreccion en nombre de un derecho mas ó menos justo, á las generaciones venideras.

Sin embargo, el imperio Romano vé nacer en su suelo á Cristo, que predicando su doctrina, establece la revolucion en el ter-

reno de las ideas y emprende la conquista de la inteligencia preparando así, la revolucion en el terreno de los hechos y la conquista del mundo.

Sin ser exagerados, podemos decir que á pesar de los diez y ocho siglos, que media entre uno y otro, la revolucion francesa, es la aplicacion de Cristo y que la declaracion de los derechos del hombre es la práctica del Evangelio.

Y es por eso que decimos que la revolucion, es el símbolo del progreso, porque ella viene á marcar que la tierra está bastante fecundada ya para hacer prácticas en el terreno de los hechos, las verdades que solo han vivido en teoria en el terreno de la inteligencia.

Las luchas del pensamiento, luchas lentas pero tenaces, y que se operan en medio de una paz y una tranquilidad aparentes, conquistan el mundo moral; pero, llega un dia en que las nuevas ideas que bullen en todas las cabezas, quieren sobreponerse á los errores y á los crímenes del pasado.

Es entonces que la resistencia del pasado produce la revolucion, pero no la culpemos á ella de la sangre y de los sacrificios que cuesta al mundo: culpemos si, al despotismo y al crimen, que pretenden detener la corriente civilizadora del progreso.

Si las limpias aguas del arroyo, que fecundizan los campos se cambian en torrentes, es que hay un estéril peñazco que se opone á su pasada.

Si ese peñazco desaparece, si el despotismo con sus errores, se hunde en la noche del olvido, las aguas siguen tranquilamente su curso fecundando los campos y haciendo productiva la tierra que habia permanecido estéril.

Si es necesario un bautismo de sangre y de sacrificios para hacer triunfar á la verdad y la justicia, es que las explotaciones del error, cimentadas durante largos años, solo abandonan el terreno, ante la fuerza.

Y es que, en el mejoramiento incesante é indefinido de las ideas y las aspiraciones del mundo, á pesar de que las revoluciones vienen á dar un paso mas en el camino del adelanto y de la civilizacion, conservan sin embargo, restos de los antiguos errores, bajo cuyo peso, han vivido agoviados durante largo tiempo.

Al ver el viaje continuo de la humanidad, en el que á medida que avanza halla mas anchuroso y mas fácil el camino, y menos pesada la carga que sustenta; y al observar la tendencia innata que hay en el corazon hácia ese espíritu santo, que anima mas ó menos á todos los hombres, para que continúen en la comenzada via, estariamos dispuestos á creer que la única mision de los humanos es la conquista de la verdad, y que la hora que marque su triunfo definitivo será tambien, la que señale el momento de reposo para los hombres, el instante de descanso para el viajero.

De tiempo en tiempo, como las entalladuras que el obrero labra en la roca, para poder llegar hasta la cumbre de las montañas, las revoluciones conmueven al mundo, labrando así en la roca de los errores y de la mentira, la entalladura en la que vá á apoyar su planta lacerada la humanidad para elevarse un poco mas en la falda de la

montaña, dejando al hacerlo que rueden al abismo, una parte de los errores y de los males, con que venia cargada; llevando para arrojar en adelante, en las nuevas revoluciones que la agiten, en las nuevas entalladuras que labre, lo que guarda de sus errores y de sus males.

Sin embargo, ¿cuál será la revolucion que no haya encontrado en las poblaciones en medio de las cuales ha brillado, espíritus aferrados á las preocupaciones del pasado, que hayan tenido palabras, de recriminacion y de amargura para ella?

¿No vemos siempre al error, fortalecido por largas dominaciones, cubrirse con el fastuoso título de legalidad y de sancion universal, para protestar contra los arranques generosos de los que anhelan la desaparicion de las explotaciones?

Acaso, á los ojos de la justicia y de la razon, no es mas moral y mas justa la protesta contra el vicio que formula el pueblo por medio de la revolucion, que el error y el crimen que afianzan sus dominaciones, por medio del torturamiento y el martirio de ese mismo pueblo?

¿No hemos visto condenados por la mayoría de los hombres, de su época, á casi todos los grandes pensadores de quienes se han enorgullecido las generaciones siguientes?

¿No han sido siempre y en todas partes pequeñas minorías las iniciadoras de todo progreso, y las que han tenido que luchar contra las ideas estacionarias y mesquinas de las mayorías?

¿En las conquistas de la civilizacion, la mayoría no marcha siempre á retaguardia?

¿Y no es ella la que arroja á la frente de las revoluciones, como un baldon de ignominia, la sangre y los sacrificios que cuestan, sin notar que esa sangre y esos sacrificios son un resultado de la resistencia de las ideas estacionarias y no del movimiento continuo del progreso?

Pero, es que se dice por los defensores del pasado, por los sectarios de una paz y de una tranquilidad continuas, las revoluciones son un medio violento, que desencadenando las pasiones políticas, hace que se oculten el derecho y la justicia, para hacer lugar á la fuerza y á la violencia.

En contestacion á esa idea diremos nosotros la paz continua, la paz absoluta, en la que los hombres se envuelven en el estrecho círculo de las aspiraciones y las ideas trazadas por sus mayores: y en la que las preocupaciones se perpetúan y se fortifican explotando el indiferentismo y la obsecacion del pueblo; la paz, que ha hecho de la China y de la India, un cementerio—de la Rusia un cadalso—del Paraguay un calabozo, en los que generaciones enteras han nacido, se han desarrollado y han muerto, sin prestar el mas leve impulso al carro de la civilizacion y del progreso, la paz, cuyo quietismo perpétuo, estrecha mas y mas el círculo de las aspiraciones de los hombres y que es al alma de las poblaciones lo que el opio es al espíritu humano que lo debilita y lo adormece, la paz continua, bajo las apariencias de la libertad, vela tambien la justicia y el derecho.

En la paz, el licor está mas esparcido; las violaciones que se cometen se notan menos, pero están erigidas en sistema.

En las revoluciones, el licor está concen-

trado; las violaciones se cometen todas á la vez, pero es la necesidad del momento, la que obliga á cometerlas; una vez obtenido el triunfo, y desaparecida la necesidad, las violaciones, que no se habian erigido en sistema y que eran solo un hecho necesario; se hunden para siempre en el abismo del olvido.

Las revoluciones devastan, sea, pero es para hacer mas fecundo el terreno que devastan.

Así, el Nilo sale de madre, y cubre por un momento con aguas, esos campos del Africa, que serian estériles é infecundos sin esas inundaciones.

Nosotros tambien, de la república ideal, que como todos, soñamos, hemos proscrito las revoluciones.

Pero es necesario que no se confunda el ideal con la realidad, y que se comprenda, que las luchas que se sostienen son contra el error y que este no trae á los campos de batalla su derecho, sino su fuerza.

¿Se cree acaso que para combatir al error, auxiliado por la fuerza, bastan las armas de la inteligencia?

Contra la idea, que se proclama con irónico sarcasmo, por los defensores del pasado, de llevar la civilizacion á balazos, pretendiendo así que solo se combata en el terreno de las ideas, ¿noson una protesta los innumerables cadalsos, que se han levantado en todas partes del mundo por los secarios de la opresion, para cortar con las cabezas en que vivian, las inteligencias que han querido luchar?

Comprendemos sin embargo, que á medida que avanzamos, se van haciendo menos necesarias las revoluciones de hecho y las luchas en los campos de batalla.

Pero, ¡cuán lejos estamos aun, de la época, en que la paz, no esa paz aparente que se llama orden, como dice Victor Hugo, ni ese orden bajo la tirania, que es una vida sin alma, como dice Alfieri, sino la paz verdadera, la paz en la libertad y en la justicia, sean el medio de llegar á una completa civilizacion!

¿Y cuántas revoluciones, no son aun necesarias!

Concluiremos, sintelizando nuestro pensamiento.

En tanto que haya despotismos entronizados y que el crimen se pasee triunfante y que la mentira y el error tengan en su apoyo la fuerza:

La revolucion será el símbolo del progreso.

José Pedro Varela.

La decadencia de la poesía.

(Concluye.)

Y si eso es así ¿qué es lo que tiende á probar? ¿No será lo que la excelencia del poeta—como poeta simplemente—será en proporcion inversa á su participacion del espíritu *materialista* ó *intelectual* de nuestros dias?

Y entonces, ó tendrá que seguir con la corriente sacrificando su génio de poeta para quemar incienso sobre el altar de la ciencia, ahogando muchas veces la voz de la verdadera poesía, ó tendrá que resolverse á quedar estacionario, si fuese posible, para poder vivir como Fénelon lo deseaba, en un mundo ideal y todo suyo.

Seguirá creando hermosas imágenes, y vaciando en grandes poemas su alma de poeta mientras la corriente pasa por su lado en su camino de progreso intelectual.

¿Qué enemigo mas poderoso puede tener el génio poético ó lo que es lo mismo la imaginacion, que ese espíritu suspicaz, esa inteligencia que todo escudriña que se encuentra á cada paso cara á cara con nuestra imaginacion á disecar, delinear, y aun materializarlo todo?

¿Podria la fria filosofía de nuestros dias hallar en un William Hamilton, un Kant, ó un Descarte, esa fibra tan susceptible á la poesia como en Homero ó Byron? No,—la divergencia de la razon y la imaginacion es demasiado grande, y el ejercicio de esas dos facultades es incompatible para que se encuentren muy desarrollados sus poderes en el mismo hombre.

El génio poético y el filosófico, no marchan juntos, porque exigen cualidades de la mente contradictorias; no ayudarán una á otra sino mientras la imaginacion esté subordinada á la razon, cuyas operaciones, como hemos visto, han de condenar muchas veces las inspiraciones del poeta, porque la imaginacion sola, representa la ignorancia, y la razon el saber.

Y este no es un argumento *á priori*. El espíritu escéptico de nuestra generacion, la Duda, como hemos dicho antes, que por todas partes abre nuevas sendas al saber, encuentra cada vez mas prosélitos, mientras la imaginacion pierde sus adictos que abjuran su primer amor en vista del poco fruto que dá.

«Todo lo que excita en la mente, dice el autor que hemos citado en su «Historia de la Civilizacion», una idea de lo vago é ilimitado, tiene una tendencia especial á inflamar la imaginacion, y sujetar bajo su dominio las operaciones mas lentas y mas deliberadas del entendimiento humano.»

Nos dirán, que se encontrará la poesia en esa armonia que conforme penetre la luz de la ciencia se revela en toda nuestra naturaleza. Y será así, solo que entonces cambia de carácter el poeta, y toma otra forma la poesia.

Y ese movimiento intelectual, cuyos descubrimientos estimulan á mas actividad y á investigaciones mas atrevidas, tendrá una accion doble en sentido opuesto á la de la imaginacion. Esplicará por un lado los fenómenos que tanto nos la tenian encantado, á la vez que dirija nuestra actividad mental por sendas mas ajenas á lo que propiamente puede llamarse la poesia de la vida.

El aire rarificado al calor de esa antorcha de la ciencia—nuestra razon—que nos precede por todas partes, impedirá el vuelo á la imaginacion cuyas alas se baten apenas en esas mismas alturas donde ha alcanzado la ciencia.

Pero que se consuele el poeta de nuestros dias. El sentirá apenas esa transicion inapercibible que se está operando en su mente. Y servirá mas á la humanidad cantando en magnifico verso con Tennyson las glorias de la Exposicion Universal, que los mas grandes de los poetas antiguos. Habrá en sus composiciones menos poesia estrictamente hablando, pero mas verdad.

Asi tambien lo confiesa Alfredo de Musset en tono de despecho, cuando dice:

«Les dandys de Paris n'ont point ce ridicule.
«Jusqu'au poète hélas! tout homme ici calcule.»

El traductor del artículo de Mr. Ch. Dunoyer rechaza indignado como acusacion lanzada á la faz del siglo, por excelencia de las luces, el que la marcha de nuestra civilizacion sea la decadencia de la poesia.

Sir William Hamilton, el mas profundo pensador de la escuela metafisica en Inglaterra, establece como principio fundamental que «todo pensamiento humano se flúctua entre dos extremos mutuamente contradictorios é inconcebibles; uno de los cuales sin embargo estamos necesariamente obligados á creer—es decir, aceptar como verdad.» Si esto es así, no habrá que estrañar que haya divergencia de opiniones sobre la accion del pensamiento y su tendencia desde que en sí encierra una condicion de debilidad y una señal de imperfeccion.

Pero no podemos menos que hacer notar que el autor de la introduccion al artículo de Mr. Dunoyer, nos ha citado ejemplos y nombres que á nuestro parecer en vez de apoyar, debilitan su argumento. Nos trae á la memoria los nombres venerados de Byron, Victor Hugo, Lamartine y Schiller; y nos pregunta, si el haber crecido estos en el siglo XIX no prueba la falsedad del argumento de Macaulay.

Tres de estos grandes poetas, cediendo á *medias* al espíritu del siglo, han escrito historias.

Y decimos á *medias*, porque en la «guerra de los treinta años», en la «Historia de los Girondinos», como en la narracion que hace Victor Hugo de hechos históricos como la batalla de 1815, en que imagina hasta un nuevo campo de Waterloo, todo pone de manifiesto las consecuencias funestas de dar á la imaginacion demasiado vuelo, ó dejarla invadir el terreno donde solo debia imperar la razon.

Esto por una parte,—pero los nombres citados dan lugar á otros comentarios.

¿Qué consonancia hay entre el espíritu razonado de nuestros tiempos, y esas creaciones del génio poético de Goethe, de Schiller, de Hoffman y de cien mas, que suelen aterrar la imaginacion mientras cautivan la razon? ¿No se subleva el entendimiento humano y el génio del siglo, ante el cuento fantástico de los Vámpiros; ante la figura imponente de Mefistófeles—el Satanás de Fausto; ante las pinturas poéticas del Wallenstein, y esto á la vez que todos ellos seducen nuestra imaginacion por la grandeza de sus concepciones?

Y de Byron, ¿qué diremos? Toda su vida fué una lucha con las ideas modernas de progreso y civilizacion. Escuchémosle en los versos siguientes que exhalan el grito de agonía desde el fondo de su alma de poeta—alma lacerada y vencida al fin en la cruel lucha.

Las playas de la Grecia, y la soledad funebre de Missoulonghi volvieran el eco de esos lamentos hasta los centros mas poblados de la Europa, de donde Byron se habia alejado.

En las palabras que siguen el llanto del joven poeta maldice el siglo de hierro con el cual nada tenia en comun.

I.

«Few are my years and yet I feel,
This world was ne'er designed for me;
Ah! why should darkening shades conceal
The hour when man must cease to be.

II.

Once I beheld á splendiddream,
A visionary scene of bliss;
Truth wherefore did thy hated beam
Awake me to a world like this!

.....
Fain would I fly the haunts of men,
I seek to shun, not hate mankind;
My breast requires the sullen glen
Whose gloom should suit á darkened mind.»

¿Y nos dirán todavía que no hay antagonismo entre el génio verdaderamente poético y el espíritu predominante de nuestro siglo de hierro?

En cuanto á M. Victor Hugo, sabemos á lo que nos esponemos al hablar en términos otros que de la mas ardiente admiración del poeta gigante, que superando todas las dificultades, tan bien ha sabido cantar las glorias de nuestro siglo.

Sin querer contrariar las preocupaciones de sus admiradores preguntamos,—si la misma vida del gran poeta, y su aislamiento en una isleta en el Canal de la Mancha, no es tambien el mejor comentario sobre ese carácter intransigente del verdadero espíritu poético, que adviene mal, muy mal, con la tendencia de nuestra generación, en cuya atmósfera encuentra la imaginación del poeta reclusa algo de asfixiante, ó cuando menos, antipático.

Las notas vibrantes de la lira de M. Alfredo de Musset suenan tambien muy discordes con las ideas del siglo en las líneas siguientes, que sacamos al acaso de entre las obras de este poeta de la Francia moderna. Su apóstrofe al amor, dice así:

«Amour, fléau du monde, exécrable folie,
Toi qu'un lien si frêle á la volupté lie,
Quand par tant d'autres noeuds tu tiens á la douleur,
Si jamais, par les yeux d'une femme sans cœur,
Tu peux m'entrer au ventre et m'empoisonner l'âme
Ainsi que d'une plaie on arrache une lame,
(Plutôt que comme un lâche on me voit en souffrir)
Je t'en arracherai, quand j'en devrai mourir.»

¿No es esta una simple aberración de la inteligencia humana, el olvido de todos los sanos principios que rigen nuestra sociedad?

¿Desde cuándo acá se ha permitido calificar el amor como el azote del mundo, y una locura execrable? ¿Tendrá Musset razón, y será una pasión execrable?

No lo creemos, y su declaración en las primeras líneas de micita, puede igualarse con el orgullo odioso que en las últimas dos trataría de ocultar el dolor ó sufrimiento.

Y no nos digan que Alfredo de Musset habla por despecho, que es un caso excepcional.

Que lo será, así lo esperamos: pero sabemos que en medio de toda esta aberración, donde no entra la razón para nada; en medio de este olvido completo de los principios mas esenciales de nuestro modo de ser, Alfredo de Musset sigue en esas orgías de la imaginación espresando en versos que á veces alcanzan hasta lo sublime, las doctrinas é ideas las mas opuestas á lo que dicta la razón, y lo que requieren los

intereses bien entendidos de una sociedad culta.

Al despedirnos de Mr. Dunoyer y de su traductor, observaremos de paso que la apreciación que hace Mr. Dunoyer de la poesía, está muy lejos de tener para nosotros mas peso porque era economista y no poeta. Mas bien por el contrario fuera necesario quizás tener como Macaulay, á la vez el espíritu razonador del jurisconsulto, economista y estadista práctico, unidos á la elocuente imaginación del gran orador, y la igualmente rica en concepciones del poeta, para poder apreciar debidamente lo que le costaba sujetarla dentro del terreno de la razón, y aprender por experiencia propia cuanto de incompatible tiene la vida ideal y la vida real, las concepciones poéticas de la imaginación con las leyes de la ciencia, y el positivismo del siglo XIX.

Dicen que la corona de amaranto del poeta no se marchita nunca, pero en los nuevos juegos Olímpicos se corona ahora con ella la cabeza del filósofo, donde la estola del sofista y los preceptos de la ciencia son mas venerados que la poesía de nuestros días.

Verdad es que el movimiento intelectual de nuestro siglo dá un carácter especial á todas sus producciones, ya sean científicas ú obras de la imaginación puramente; y la poesía, y su creador el génio poético, llevan ambos el sello de la incredulidad.

Léjos de nosotros sea, sin embargo, abogar por ese espíritu presuntuoso que se eleva al trono del Creador y niega el Dios de nuestros abuelos.

Contentos estamos con pasar aun por retrógrados antes de aceptar todos los excesos á que una revolución intelectual ha dado lugar.

No extrañamos sin embargo esos excesos, porque una larga noche de superstición é ignorancia habia de traer necesariamente una reacción violenta.

La turbulencia de la corriente que acaba de romper los diques que se oponían á su curso, está en proporción á la resistencia que encontró.

Que no sea imposible que otra nueva reacción venga á contener su desborde, podemos deducirlo de nuestra historia pasada.

Nada mas que lógico seria, suponer que así sucediere, solo que ella ha de tener otro carácter y otra tendencia distintos á todas las que la han precedido.

Creemos que en días como los nuestros en que hierven en el seno de los pueblos, ideas que tarde ó temprano han de conmover hasta sus cimientos el antiguo edificio social; y la aplicación de nuevos principios y nuevas teorías está aun dudosa, importa estar en guardia para no dejarnos seducir por palabras de visionarios, ni estraviar nuestra imaginación de poeta,—puesto que todos la tenemos,—por perspectivas demasiadas risueñas.

Hemos de necesitar toda nuestra inteligencia razonadora para traer á tela de juicio opiniones y principios contradictorios y fallar con acierto en ese tribunal donde todos tenemos que ser jueces.

La preponderancia de la imaginación sobre la razón puede ser muy nociva, y por pobres que sean nuestras apreciaciones en las líneas anteriores, estamos persuadidos

que la cuestión que tratamos es de actualidad y merece meditarse.

Sagitta.

Correo de Paris.

El Sábado en la noche algunas lamparillas brillaban en la puerta de las administraciones de los estancos de tabaco y de algunos funcionarios celosos. La mayor parte de los habitantes preguntaban lo que significan esas lamparillas.

Tratábase de la vuelta del Emperador á la ciudad de Paris. La ausencia del soberano habia sido tan poco notada por el público, todo habia marchado como de costumbre de tal modo que la vuelta de Napoleon III arriesgaba pasar enteramente desapercibida sin las linternas de la administración.

Lo que ha preocupado mas esta semana á los Parisienses es un caballo, el célebre *Gladiateur* del conde de Lagrange. En mi última carta dije á V. que este caballo habia derrotado á los Ingleses en el turf de Epsom, pero el Domingo habia en Paris la gran carrera de primavera para el premio de 100 mil francos de la ciudad de Paris, y los Ingleses contaban tomar su desquite y derrotarnos á su vez en otro terreno.

Sus esperanzas han salido fallidas. *Gladiateur* ha quedado vencedor otra vez. M. de Lagrange ha ganado en estas dos carreras cantidades fabulosas; en la de Epsom solamente ha ganado dos millones de apuestas.

Todo lo que se refiere á *Gladiateur*, que vá á ser no menos célebre que el Bucéfalo de Alejandro, es notado con esmero. Su jockey Grims-Haw, ha recibido 25,000 francos, su corredor Jemmings 300,000. Hé ahí oficios que producen honor y beneficios.

La obra de Proudhon, *De la justicia en la Iglesia y en la revolución*, monumento eterno del génio de este gran publicista, ha producido á su autor 3 años de cárcel y una multa. Vale mas correr caballos. Después de la carrera de Epsom, el príncipe de Gales convidó á comer al conde de Lagrange.

Creo que debería haber convidado al caballo.

Dejemos ahí las carreras y pasemos á otra lucha terminada esta semana; aludo al nombramiento del gran maestro de la masonería francesa. El último gran maestro era el mariscal Magnan, muerto poco há. Los dos principales candidatos eran M. Massol, veterano de la democracia, y el general Mellinet, comandante en jefe de la guardia nacional.

Los masones han electo al General. Con esta elección han querido ponerse bajo una protección oficial.

El nombramiento de M. Massol habria comprometido su existencia. Basta un capricho del gobierno para cerrar las logias y disolver la asociación y por esto M. Mellinet ha sido electo.

Otra cuestión agitada en esta reunión de masones ha sido si se cesaria, como pedían algunas logias, de ponerse bajo la invocación del gran arquitecto del universo y de reconocer la inmortalidad del alma. La proposición ha sido rechazada y se ha conservado la antigua fórmula.

Puesto que hablo de elecciones, puedo citar una que acaba de verificarse: la de dos socios de la *comedia francesa*. Los cómicos aprecian mucho esta posición de socios. Es, en cierto modo, el bastón de mariscal del teatro.

Gran número de privilegios, favores, son inherentes á este título. El porvenir del que lo obtiene es seguro.

Compréndese cuántas luchas, intrigas, celos, debe ocasionar entre cómicos—pues las mujeres pueden ser también socias,—la esperanza de tal nombramiento.

El comité del Teatro Francés ha nombrado esta vez á un joven cómico, llamado Eugenio Provost, recomendado sobre todo por el nombre y el talento de su padre, antiguo socio del mayor mérito.

Hablando de teatro, debo anunciar á V. que se va á representar en la *Gaité* un drama titulado *El Paraíso perdido*. La administración del teatro está buscando una Eva conveniente, pues las calidades necesarias para desempeñar este papel no son solamente intelectuales.

Se busca quien podrá afrontar las miradas del público con una hoja de vid por todo vestido.

No hablo de la tela de punto que exige la policía; se tiene cuidado, en esta especie de exposiciones, de hacerse bastante transparente para que la ilusión sea completa—Se nos espera una curiosidad literaria, esto es, la representación en el *Vaudeville* de una pieza de M. Emilio de Girardin solo, titulada *Las dos hermanas*.

La querrela entre el célebre periodista y M. Alejandro Dumas (hijo) á propósito del *Suplicio de una mujer*, dá á esta futura representación un interés particular.

En mi última carta hablaba de Alejandro Dumas (padre); hoy añadiré que en una de sus últimas conferencias se ha dejado arrastrar, á la corriente de su improvisación, á algunas alusiones desagradables para el gobierno.

Inmediatamente, el Ministro de la instrucción pública quitó la palabra á Alejandro Dumas.

Aun se decía que con este motivo el consejo de ministros se preguntaba si no se debían suprimir las conferencias en toda la Francia.

Esta semana ha estado llena de pequeños desastres íntimos.

En primer lugar, un hidalgo de gran familia, cuyo nombre callaré, ha sido sorprendido robando en el juego, en el mas aristocrático círculo de París, el Jockey Club.

Este caballero ponía cierto número de naipes preparados en el paquete que le daban, cuando le llegaba la mano.

De este modo ganaba grandes cantidades.

Habiéndose sospechado su maniobra, se le vigila y toma en flagrante delito y se le pone á la puerta.

Otro siniestro. Un bursátil famoso, M. Leopoldo Werner, se ha desbancado.

Deja un déficit de varios millones. Hace algunos meses, este jugador compraba mas de 60 mil acciones de ferro-carril de Lyon. Cada mes hacia cargar á cuenta. Este mes ha caído al suelo y su caída ha producido grande emoción en la Bolsa.

La venta de la galeria de Morny está casi terminada.

Como dije á V. en mi última, todos los cuadros y objetos de arte han sido pujados vigorosamente.

El producto de la venta pasa ya de 2 millones.

Para dar á V. una idea del furor de ciertas gentes para la venta de cuadros y otros objetos de arte en la casa de los tasadores, le diré que desde el 1.º de Enero de este año la venta asciende á 43 millones.

El mes pasado salió á luz el primer libro póstumo de Proudhon que trataba de las clases obreras; antes de ayer se ha puesto en venta otro libro del célebre publicista sobre el *Arte*.

Este libro, como todos los de Proudhon, contiene ideas originales y páginas enérgicas.

Al principio de esta carta, hablaba á V. de caballos.

La terminaré anunciando que se acaba de descubrir una composición que, aplicada en la pezuña del animal, se endurece y reemplaza la herradura.

Este procedimiento tiene varias ventajas y presenta una economía de 75% sobre el modo ordinario de herrar.

En este momento se hacen esperiencias en Versalles.

Este progreso será inapreciable y valdrá mas para la raza caballar que los triunfos del Turf y los laureles de *Gladiateur*.

B. B. M.

Paris, Junio 15 de 1865.

Apuntes históricos.

FRAGMENTOS.

(Continúa.)

Otorguéz, no era un indio como equivocadamente se cree, era un bello hombre en el cual la raza española habia aglomerado toda la profusión de su arquitectura gótica—Estatura colosal, con anchas espaldas y pronunciado pecho; rubia y rizada cabellera que le caía sobre sus hombros de Atleta, ojos azules y fogosos, frente elevada y su rostro algo pálido y sumamente expresivo de ironía y desprecio, estaba circundado por una barba espesa y brillante como la de Neron.

Tenia menos astucia que Artigas, pero confiado en su fuerza prodigiosa, miraba con el mayor desprecio y altanería, la causa de la civilización.

Para mejor esplicación de las miras de Artigas y de Otorguéz, vamos á copiar un bando de este último, luego que sus tropas tomaron posesion de Montevideo, es decir, despues del rompimiento entre Artigas y las fuerzas de Buenos Aires, que se embarcaron por las Bóvedas, cuya aventura, de haber volado parte del edificio por la precipitación con que se embarcó la pólvora que estaba depositada allí, es bien conocida.

Hallamos este documento en el *Independiente* de Buenos Aires, periódico interesante, que no será la última vez que cite-mos.

Hé aquí sus palabras testuales:—«Por cuanto siendo una de las primeras obligaciones cortar de raíz los males consecuen-

tes al desorden de la tolerancia, contener al malvado en los límites de su deber, castigar gravemente al que imprudente intente atacar la libertad é independencia de la Provincia Oriental, inducir al mismo tiempo confianza al pueblo... y habiendo sabido que hombres enemigos del sistema patrocinados de dudas maliciosas, promueven desconfianzas, sin otro objeto que introducir una perjudicial desunion de ánimos entre ciudadanos de un mismo país he venido en decretar lo siguiente:—1.º «Ningun individuo Español podrá mezclarse pública ni privadamente en los negocios de esta Provincia esparciendo ideas contrarias á su libertad, con el fin finjido de hacer la felicidad del país (1), ni otro alguno; el que á ello contraviniera será á las 24 (2) horas, pasado por las armas IRREMEDIABLEMENTE (!) incurriendo en las mismas penas el que lo supiere y no lo delatare.» Aquisiguen otros artículos relativos á la tranquilidad y orden interior, y últimamente el artículo 5.º dice:—«Todo individuo que atacase directa ó indirectamente la libertad de la Provincia ó su independencia é indujese á seducciones por palabras ó escritos á favor de otro sistema que no sea la libertad de la Provincia contra todo intruso invasor, será á las dos horas de probada la contravención, pasado por las armas.»

Este documento de cuya verdad no podemos dudar, porque nos lo han rectificado personas que lo han oido promulgar y que aun viven, tiene mucho que estudiar.

En el considerando se apercibe en primer lugar que la causa predominante era la libertad y la independencia de la provincia. Esto no es otra cosa que proclamar ya como causa y sin temor, las tendencias de Artigas, cuando se hacia nombrar gefe principal de la milicia Oriental, cuando sin obedecer á la Junta daba sus ataques y procedía como mejor le parecia—Esto era la independencia de la provincia; los fines de la desmembración política, fomentada por el espíritu de localismo, que á su vez se alimentaba en el estado natural de Artigas y de sus soldados (3).

(1) ¡Cosa singular! De este bando al decreto del 10 de Agosto de 1855 contra la libertad de imprenta, no hay mas diferencia que la del tiempo—La historia de un caudillo es la de todos los caudillos presentes y futuros.

(2) Sin forma de proceso—¡ah! ¡uf!

(3) Es esto tan cierto que los mismos Orientales que venian de Buenos Aires y que por sus palabras y por sus actos manifestaban tendencia al centro de la civilización, eran llamados *aportañados* y perseguidos—Un gefe, que se hallaba en ese caso tuvo que sofocar el motin de su escuadrón, que se levantaba contra la imposición de ser mandado por un jefe *aportañado*—come se decía.

Artigas no queria sino independencia y traducía esa palabra por la segregación de la Banda Oriental, Entre-Ríos y Paraguay, arrancándolos á las provincias unidas, como para librar á los habitantes de sus campañas del dominio de la civilización.

A ese fin, Artigas estaba en buenas relaciones con todos los caudillos de esas provincias y coincidían con él en la necesidad de formar su confederación aparte—Despues veremos como lucharon esas ideas y qué se nos legó de esa lucha.

Pero es de advertir que los procederes de Artigas se reproducían en Guemes, en Quiroga, en Lopez y demás caudillos, y de ese modo su acción desorganizadora habia de repercutir en Córdoba, en Tucuman, en Salta y demas Provincias. Esos caudillejos empezaban ya á desconocer la autoridad central y en 1820, cuando Belgrano regresaba con sus tropas del otro lado de los Andes, para pres-

Estos esfuerzos tendian pues á los mismos fines á que tendian las pretensiones de D^a. Carlota para su provecho, de donde se infiere que habia manos ambiciosas que desde mucho tiempo tiraban á desgarrar el sistema de Union Argentina, para dividir sus provincias, y sobre todo para arrancarle la Banda Oriental, que aislada y sin centro de accion debia consumirse en la anarquia mas desesperante.

Ese bando demostraba tambien que Artigas, Otorqu  z y demas hombres de la *independencia*, entendian la *libertad salvaje*, únicamente esa libertad que tiene el mas fuerte de hacer lo que quiera; de otro modo es ridículo entenderla, pues en un bando que quiere proteger la libertad, se amenaza con la muerte al que despliegue sus lábios para manifestar su intencion    su modo de pensar.

Un efecto de esa *libertad salvaje*, era ahogar la opinion del hombre civilizado.

Por cierto que el bando citado no estuvo sin ejecucion; españoles y americanos caian    centenares y eran conducidos al *herbidero*, paraje situado sobre el rio Dayman en su desagüe con el Uruguay.

Alli sobre una verde colina perfumada de aromas y de ese suave perfume de la *flor del aire*, y cuya cima plana le asemeja al altar del sacrificio por cuya razon hasta hoy día se conoce con el nombre de *Meseta de Artigas*, all  , el verdugo bárbaro, con puñal en mano y la risa en los lábios, separaba la cabeza del tronco y rodaba la sangre    enrojecer las puras linfas del rio y las aves huian aterrorizadas con esos g  ritos de agonía y esas risas de salvajes.

Y antes de llegar á esa ara sangrienta, la víctima habia padecido injurias, sufrimientos y la degradacion mas miserable—Caminaba    pie para desgarrar sus plantas con las espinas, desnuda para sufrir los ataques del calor    del frio, y    pasos redoblados para exhalar mas pronto el último aliento y para sufrir ese tormento del cansancio que parece que el corazon se escapa de su lugar, sube    la garganta para ahogarnos y quiere escaparse    respirar aire fuera de nuestro cuerpo—El *chaleco*, ese potro de los salvajes, y que consiste en encerrar al hombre en un cuero fresco, para que cuando se seque se sienta en los músculos la presion que produce una serpiente que se enrosca al rededor del cuerpo, era considerado un medio de seguridad, cuan-

tar al Gobierno un elemento poderoso que hiciese respetar su autoridad, esos caudillos entre los que se hallaba el mismo general Paz, de que quiere sincerarse en sus Memorias, destruyeron ese ejército mas que con las armas, con la seduccion y la sorpresa y cesó de ese modo toda esperanza de unidad, pues cada caudillo se nombr   Gobernador de cada provincia empezando    gobernar    su modo, y concediendo    Buenos Aires únicamente la direccion de la guerra con el Brasil; y estas mismas circunstancias influyeron para la celebracion del tratado con el Brasil, segregando    Montevideo, pues que los amagos de guerra civil en el interior, y la destruccion del ejército de Belgrano exij  a la retirada del ejército que mandaba Alvear; tambien como la unidad estaba rota por aquel extremo, no alarmó mucho que se rompiese por este y talvez se dijeron—*Una provincia ménos*.

Como se v   el año 20 fué la segunda faz de la revolucion de 1810 que habia seguido una senda de concentracion y de progreso teniendo además dos ejércitos disciplinados y dispuestos para servir    la civilizacion; desde esa época data la separacion.

do en realidad era solo un tormento—El látigo y el apóstrofe infamante de los conductores venia    completar el tren de esas caravanas sangrientas, de hombres llevados    la carniceria por el verdugo de la ignominia!

  Qu  n no tiembla, qu  n no se horroriza al considerar que aun hay quien quiera poner laureles en los lazos que encierran los cadáveres de esos caudillos sangrientos?   Qu   leccion daremos    la posteridad si honramos la memoria de los asesinos y de los que han desmoralizado y destrozado la verdadera Patria?...

Desenterremos del olvido    los buenos como    los malos, y cumpliendo con eso, seguiremos.

Otorqu  z tenia un jefe de toda su confianza    mas bien dicho un verdugo que interpretaba perfectamente su ferocidad. Llamábase, Blas Basualdo, y siendo Otorqu  z, gobernador de Montevideo, desapareció del mundo de los vivos al de los muertos que él solo habia aumentado con mas de mil victimas.

Otorqu  z orden   honores fúnebres, al Coronel Basualdo, y que el sacerdote predicase sus *virtudes*. Reunido el pueblo, ese indigno ministro de la religion, sube al púlpito,    la cátedra de la moral y de la humanidad, para hacer el elojio de un asesino!... Y estas eran las lecciones que recibiamos.—  Hay qu  n estra  ne nuestros sucesos?

Nosotros no haremos las del falso ministro: por miedo de chocar con individualidades, no dejaremos de anatematizar la memoria de los malos, escudados ante la verdad de la historia.

Gregorio Perez Gomar.

(Concluir  .)

S  rie de los Emperadores Incas del Perú.

1—MANCO CAPAC INCA, Fundador y Legislador del Imperio Peruano, empezó su especie de Reinado en el año de 1100 de nuestra Redencion, y lo conservó hasta su muerte, verificada en 1140. Le sucedió su hijo primogénito.

2—SINCHI-ROCHA, quien reinó segun se cree, treinta años. Por su muerte recayó el cetro en su hijo mayor.

3—LLOQUE-YUPANQUI, que vivió noventa y tres años, reinando cuarenta. Le sucedió su hijo único de los lej  timos, es decir, habido en su mujer y hermana.

4—MAYTA-CAPAC, que gobernó el Imperio igual número de años que su padre, y por su muerte entró    sucederle su hijo primogénito.

5—CAPAC-YUPANQUI, imperó cuarenta y un años, y por su fallecimiento tomó las riendas del gobierno su hijo mayor.

6—INCA-ROCA, cuyo reinado fué de larga duracion, pues llegó á los cincuenta y un años, sucediéndole por su muerte su hijo mayor.

7—YAHUAR-HUACAC, que murió    los ochenta y tres años de edad, siete antes de su muerte se vi   precisado    ceder el reino    su hermano natural.

8—INCA-RIPAC, llamado por otro nombre Viracocha, Inca,    causa de la aparicion de su tio la Fantasma. Vivió setenta y tres años, de los cuales reinó treinta y

seis, dejando por su sucesor    su primogénito.

9—INCA-URCO, que por falta de talento fué depuesto por los grandes del Reino,    los once días de haber tomado las riendas del gobierno. Le sucedió su hermano.

10—TITU-MANCO-CAPAC, por otro nombre Pachacutec, que llegó á vivir ciento y tres años. Por su muerte ocupó el trono su hijo.

11—YUPANQUI, cuyos años de vida fueron setenta y nueve. Luego que falleció entró en posesion del Imperio;

12—TUPAC-YUPANQUI, su hijo primogénito, quien hubo por sucesor    su hijo mayor.

13—HAYNA-CAPAC, el primero de los Emperadores que llegó á tener por cierta la ruina de su Imperio. Murió en Quito, dejando este Reino, que él mismo habia conquistado al del número 15, y el resto de sus dominios   

14—INTI-CUSI-HUALPA,    Huascar Inca, su hijo primogénito, y de su mujer la Emperatriz Rava-Oc  lo. No dejó sucesion y murió degollado    los cincuenta y un años de edad, de órden de su hermano.

15—ATAHUALPA, usurpador del Imperio, hijo de Huayna-Capac, y de Sciri-Pacha, hija del Rey de Quito. Habiendo sido hecho prisionero por D. Francisco Pizarro, fué ajusticiado de su órden á los cuarenta y ocho años de edad, y le sucedió su medio hermano.

16—MANCO-CAPAC, hijo segundo de Huayna-Capac, y de Rava Oc  lo su hermana y mujer, á quien permitió D. Francisco Pizarro poderse coronar; pero solo fué soberano en el nombre. Luego se retiró    las montañas de Uillacapampa, en donde murió, segun se cree el año de 1553, dejando por sucesor    su hijo primogénito.

17—SAYRI-TUPAC, quien se bautizó y tomó el nombre de Diego. Fué el último de los Emperadores de aquel Imperio; porque ni Tupac-Amaru,    D. Felipe, ni Inti-Cusi-Titu-Yupanqui, ni otros deben ocupar un lugar tan distinguido. Muri   Sayri    los cuarenta y siete años de edad, y dejó solo una hija, que casó con D. Martin O  ez de Loyola, caballero del hábito de Santiago, de quien descenden los Marqueses de Oropeza y Alcanises.

El duque de Rivas.

El 22 de Junio,    las seis de la tarde, murió en España, despúes de una larga y penosa enfermedad, el literato Angel Perez de Saavedra, duque de Rivas, uno de los mas fecundos, espontáneos y brillantes poetas de que puede y debe honrarse la nacion ibérica.

Ha ocupado los puestos mas importantes: fué embajador en Nápoles y en Paris, Ministro de la corona y Presidente del Consejo de Estado.

Quedan vacantes, por su muerte, la direccion de la Academia Española, la presidencia de la Academia de nobles Artes de San Fernando, un sillón en la Academia de la Historia, y un collar de la órden del Tois  n de Oro.

Del diario *Las Noticias* de Madrid registramos estos rasgos biográficos de ese poeta cordobés:

«Nació el duque en 1791, en la ciudad de Córdoba, patria de grandes hombres, madre fecunda de sabios, de poetas y de artistas, de los Sénecas, de Lucano, de Góngora y de Pablo de Céspedes.

«Su vida ha sido novelesca, variada, llena de poesía y de aventuras.

«En los últimos años, completamente feliz.

«Elevado el duque á la mas alta esfera social por su nacimiento y por su valer intrínseco; gozando de una fama esclarecida; seguro de que su nombre ha de sobrevivirle y ser un título de gloria para España; circundado de una dilatada familia, con cuyas prendas debía complacerse y enorgullecerse; y convencido de que iba á legar su nombre á un heredero digno de él, bien se puede afirmar que el duque (contando con la tranquilidad de la conciencia que no podía menos de tener, atendido su noble carácter y la bondad de su corazón), debe haber exhalado el último aliento, satisfecho de la vida, de la suerte y de sí propio.

«En su mocedad fué el duque, militar; peleó valerosamente contra los franceses, durante la guerra de la Independencia, y en la batalla de Ocaña recibió once heridas de los lanceros polacos, que le dejaron por muerto en el campo.

«Concluida la guerra, se retiró con el grado de coronel.

«De 1820 á 1823, empezó D. Angel Saavedra á figurar como hombre político.

«Fué diputado y secretario de las Cortes.

«Por su amor á la libertad se comprometió de tal modo, que, cuando vino la reacción tuvo que buscar un asilo en países extraños, seguido de su mujer.

«A su vuelta de la emigración, en 1834, figuró como literato y poeta de primer orden, y fué de los que con mejor éxito introdujeron en nuestro teatro la escuela romántica.

«La actividad y fecundidad del duque han sido grandes, y de ello dán un testimonio los cinco tomos de sus *Obras completas*, que andan en manos de todos, y donde todavía, á mas de las mencionadas composiciones quedan otras muchas que admirar, así narrativas como líricas.

«De las primeras, son dignas de todo encomio sus últimas leyendas, como *La Azucena milagrosa* y *Maldonado*.

«De las poesías líricas, lo mejor, sin duda, del duque, es *Al faro de Malta*.

«En el romance histórico ha sido siempre notabilísimo.

«Hasta que la enfermedad postró por completo al duque, conservó este toda la viveza de su ingenio, toda la amenidad de su trato, todo el fuego sagrado de la inspiración y de la poesía.

«Creemos que el duque ha dejado escrita una buena parte de sus Memorias.

«Sentiremos que lo que deja escrito se extravíe, y deseamos su publicación.

«El duque ha dejado en el Parnaso español un lugar vacío y harto difícil de llenar.

«Las musas deben estar de luto.

«Todos cuantos conocíamos al duque sentimos además su muerte por la bondad y cariño con que nos trataba, y echaremos siempre de menos aquella conversacion agradabilísima, aquel tesoro de chistes y

de discreciones, aquella inventiva infatigable con que contaba lances, historias y aventuras, y aquel prodigioso talento de narrador con que sabia referirlos embelesándonos á todos.

«Este recuerdo, escrito con las lágrimas de nuestro profundo sentimiento, es un pequeño tributo de cariño, de respeto y de admiración que ofrecemos á la memoria de nuestro respetable y querido amigo.»

El duque de Rivas dejó encargado que su entierro fuera pobre y sin aparato alguno.

Por su espresa voluntad, su cadáver fué conducido sin pompa al panteón de sus mayores en el santuario de Rivas.

Al saberse en Madrid la noticia del fallecimiento de este eminente hombre público, reuniéronse en el acto varios poetas y espontáneamente han decidido publicar una *corona fúnebre*.

Para ello, los Señores Valera, Asquerino, Lopez Guijarro, Palacio y Correa pasaron invitaciones á sus compañeros en la prensa, en las letras y en las artes.

A la fecha ya debe estar impresa esa corona.

Elgarido.

La Caridad.

Al morir Jesus sobre el leño de la Cruz, cuenta la Biblia que las piedras de los sepulcros se conmovieron, que en la noche los transeúntes vieron sombras correr por las calles y que el velo del templo se rasgó.

La Biblia dice la verdad, pero la dice simbólica: esos sepulcros son los palacios donde habia vivido largo tiempo la mentira y que se conmovieron al consumarse el sacrificio de la Redención, esas sombras que se aparecian eran las preocupaciones antiguas que huían presurosas al abrigo de la noche porque ya rompía en el Oriente el alba del nuevo día, y ese velo rasgado es algo mas que el pobre lienzo que ornaba el templo de Jerusalem, es el antifas del mundo romano que habia escondido á los falsos oráculos y á las impúdicas profetizas, que habia ocultado todos los manejos de los fariseos de la tierra, que quedaba partido para siempre por la filosofía del hijo del carpintero que acababa de sellarse con su muerte.

Es toda una época que vá á desaparecer, cuyos cimientos son las piedras de la inmoralidad que no pueden ya sostenerla, removidas por la palabra de verdad y que se despide con sus actores, vicios, injusticias y mentidas decoraciones para dar lugar al reinado de la luz que Cristo ha hecho brotar y que sus Apóstoles desparraman en las rejiones de los cuatro vientos.

Y ¿cuál es el rasgo mas característico de la nueva doctrina y de la nueva filosofía? ¿Cuál es el elemento culminante entre los que componen la civilización que comienza?

Fácil es contestar, no tenemos sino fijarnos en las huellas del maestro que la inaugura, en sus lecciones, en sus obras, para descubrir que en el templo que construye la columna mas robusta y mas grande es la columna de la caridad.

Los pobres son los elejidos para sus desvelos, para ellos el consuelo de sus pará-

bolas, para ellos el beneficio de su trabajo.

En su magnánimo corazón, la desgracia tiene el mejor lugar, su mano sostiene la cabeza que se inclina bajo el peso de los males de la vida, su brazo es para los caídos.

Cura al ciego que se atraviesa en su camino, dá el oído á quien lo habia perdido, el movimiento al que no lo tenia.

Si alguna vez en su serena frente cruza una sombra de dolor y desesperación, es cuando piensa que hay avaros, que hay esquiladores, que hay almas muertas para la caridad que tropiezan con el infortunio y lo desprecian.

Llena la barca del pescador con innumerables peces, al pueblo hambriento que lo sigue le dá de comer—Si Jesucristo hubiese nacido en el palacio de un patricio romano y hubiese sido tan rico como un Crespo, sus cofres habríanse vaciado para manumitir esclavos y para aliviar miserias—no habria reducido su oro á polvo para esparcirlo sobre las suntuosas comidas ó para dorar los mármoreos pavimentos como lo hacia la opulencia romana—sus caudales habrían sido el patrimonio de los indigentes.

Lo poco que tiene lo ofrece y lo dá en los altares de la caridad y llega un momento en que es preciso dar la vida y no hesita en darla.

La civilización cristiana es de caridad como la civilización pagana habia sido de egoísmo y mezquindad: para aquella no hay razas, no hay colores, no hay posiciones encumbradas ni humildes, todos los hombres son iguales, debajo de desigual corteza se encuentra el mismo corazón, las veleidades de la fortuna no significan nada.

El precepto cristiano abarca á la humanidad y la encierra en el círculo de la concordia por el amor, no como el precepto del Dios de Delfos que no avanza mas allá de las fronteras de la patria y que por lo comun es voz de discordia y de guerra.

El dice al creyente: «Cuando encontrareis un desnudo, cubridlo con vuestra capa; al sediento, alcanzadle el agua de vuestra piscina; al huérfano, llamadlo á vuestro seno; al espósito, recojedlo del umbral de vuestra puerta.»

Hagamos esto los que nos llamamos discípulos del Galileo, si queremos colocarnos á la altura de sus principios y si queremos que el cielo baje hasta el techo de nuestra casa, que la nube hinchada de agua vacíe sus raudales en nuestras fuentes, y en fin, que los ángeles arrullen sobre la cuna del hermano, del hijo, mientras cuidamos de la del espósito.

Hay en este mundo almas bien templadas, corazones bien puestos, cuyas nobles fibras no rompen los vicios, que la atmósfera del placer no corrompe, que la dicha no enerva y que desde la cumbre de la felicidad á donde las ha llevado Dios, bajan á la llanura y se mezclan entre la muchedumbre de menesterosos que se agitan oprimidos por la terrible necesidad.

Pero tambien tenemos la antítesis: no faltan caracteres sórdidos, hombres sin virtud que entre las voces del festín no oyen los ayes de la desgracia y que, mecidos en el seno de la abundancia, olvidan que hay en el mundo quien se muere de miseria—cu-

vos instintos generosos los ha apagado el viento de la fortuna en las horas de alegría.

¡Qué grandes son aquellos! ¡qué pequeños estos! y cómo crecen en talla los primeros apocándose los últimos! Es porque la caridad todo lo realza, mientras que el egoísmo todo lo abate.

En esa escala soñada por Jacob que arrancaba de la tierra y que tocaba en el cielo, me parece ver en el tramo mas elevado, en aquel que se pierde en las alturas y que llega al trono del Altísimo, al ángel de la caridad mas bello, mas resplandeciente y mas amado que los otros que van ascendiendo.

Entre todas las virtudes que pueden distinguir á los hombres, la mas sublime, la mas inspirada de la grandeza eterna, la que iguala á la criatura con el Criador, es la virtud de la caridad.

Nos causa admiración la fé robusta que se anida en ciertas organizaciones hasta el punto de hacerlas sonreír en presencia de los tormentos y de la muerte cuando con esta se amenaza para que se quebrante aquella.

No es menos digno de nuestro asombro el que jamas abandona la esperanza de la justicia y de la recompensa apesar de las disposiciones y contrastes que nublan el horizonte, y que se salva con ella de la marea de la desdicha que pretendió ahogarlo.

Job precipitado de la opulencia por el aliento del desierto, sin sus hijos, sin su mujer, que huyen de él como de la peste y que lo abandonan en medio del lodo, nos entusiasma al verlo bendecir la mano que lo hiere, respetar el arcano de su caída y esperar siempre en aquel que todo lo puede—Job nos ha legado el ejemplo de la fé y de la esperanza mas colosales que hayan existido en pecho humano.

Pero sobre la fé y la esperanza, se levanta la caridad; si aquellas hacen héroes, esta diviniza al hombre—¿Qué medida hay para calcular la grandeza de esos monjes de San Bernardo que como las águilas han trepado sobre la cresta de los Alpes y allí han construido el techo, han encendido el hogar, han preparado el pan para el pobre caminante que encuentran en la nieve casi exánime?

El avalanche que el huracán desprende de su montaña, rueda á su costado con horrible fragor, el torrente crece y moja ya su pié con la espumante onda, el cielo se oscurece y empieza á vestir sus hombros con los helados capullos; pero nada detiene al bravo monje que resbala por los riscos, se hunde en la nieve, vadea el torrente, baja al abismo para llevar la vida allí donde está para estinguirse, para vertir el consuelo donde está la tristeza de la desesperación, para hacer revivir la luz donde la tiniebla de la muerte iba venciendo.

No hay medida, no hay balanza para pesar la virtud de la caridad que todo lo escude y sobrepasa, y uno se siente pobre de entusiasmo para admirar sus obras, sin palabras para su apologia, sin colores y sin pincel para diseñar sus rasgos.

Ella es el espíritu de Dios: quien la ejercita, lleva en sí la llama sagrada; quien la honra con fervoroso culto, se anima de la intuición celeste.

Es el arca de salvación para esa porción de la humanidad que la naturaleza condena al tormento de la necesidad en sus incomprensibles designios, es el paño de la Verónica para secar el sudor sangriento del que despues de una vida de fatigoso trabajo se encuentra con una tierra rebelde que ha absorbido sus dias y la sávia de su fuerza sin producirle nada mas que zarzas y espinos.

Para el huérfano que ha quedado solo en el mundo y que se dobla y marchita como esas enredaderas á quien el leñador ha robado el tronco donde se reclinaban para beber la vida, la caridad es la única esperanza.

Y lo es aun mas para el espósito que viene al mundo sin encontrar el caloroso seno de la madre rebozando de leche y de amor, y que agoniza y muere como esos pajarillos recién nacidos que el viento hace caer de los nidos y que aun no tienen plumas para vivir sin el ala maternal.

Pues bien, construyamos el arca para recoger á los naufragos que, habiendo luchado tanto, les flaquean las fuerzas y se sumergen ya; realicemos la esperanza para la horfandad, armemos la cuna para el espósito.

Los judíos cuidan demasiado á sus niños, porque cada uno de ellos puede ser el Mesías que esperan desde siglos muy remotos: tienen sobrada ternura para sus niñas, porque cada una de ellas puede ser la madre del Salvador que prometieron Moisés y demas profetas.

Los cristianos no esperamos Mesías ninguno, no vemos flotar sobre las cabezas infantiles estas lisonjeras promesas, pero no por esto debe disminuir nuestro celo por los niños, sobre todo, por aquellos que el terrible hado privó de padres y de bienes.

Siempre contemplamos con profundo respeto la imagen de Vicente de Paul cargando en sus brazos el niño que ha encontrado en la calle y que su caridad salva—Jamás nuestro corazón dejará de sentir un latido poderoso de gratitud para ese varón eclesio, cuya gloria no está grabada en bronce porque esto es demasiado vulgar, sino en el alma de un enjambre de niños que pronuncian su nombre en medio de los trasportes de la mas acendrada gratitud.

No seamos como el rico de la Biblia que tenia migajas para los perros de su corral y que las negaba á Lázaro el mendigo: Llegó un dia en que tuvo sed y el Dios de Abraham no tuvo agua para sus fauces.

La fortuna la representan los antiguos jirando sobre una rueda, es como la ola del mar, tiene su flujo y reflujo, inunda la playa y la abandona, sonríe al hombre y se le escapa.

Mientras la tengamos no la guardemos como el avaro, ni la echemos al río como el pródigo; gocemos y hagamos gozar con ella á los que, menos felices que nosotros, el cielo les ha negado sus favores—Edifiquemos la casa para el que no la tiene, que bien puede ser que mañana, perdida la antigua opulencia y arrebatada la antigua dicha, tengamos que vivir en ella nosotros ó nuestros descendientes—los primeros pueden llegar á ser los últimos.

Hacen algunos dias, Montevideo ha visto una circular firmada por matronas distin-

guidas en que se invoca la caridad para los huérfanos y espósitos.—¿Encontrará éco? No lo dudamos, el pueblo que ha construido uno de los magníficos hospitales de Sud América es esencialmente filántropo.

Sanle.

Republicana VI.

PERÚ Y MÉJICO. (1)

¡España no escarmienta!—De su mortal canda, Airada se levanta con impetu feroz; Y á América se lanza para vengar la afrenta, Que á su poder hicieron la Libertad y Dios.

Armada de las furias que trajo á la conquista, El Nuevo Mundo anhela volver á encadenar; Y al golfo mejicano dirige su estandarte, Seguida por el vuelo del águila imperial.

De Méjico los libres á defender se alzaron, La santa independencia, la libertad y el bien; Y España retrocede, y avanzan las legiones, Astutas y traidoras del despota francés.

¡Baldón! para la patria del Cid y de Pelayo, ¡Baldón! para las glorias que en Mayo conquistó; La España vencedora de Napoleon el Grande, Hoy sufre del PEQUEÑO, nefanda humillación.

El clero y los traidores, al agresor infame Alientan con el crimen en Méjico infeliz; Y es PUEBLA el apoteosis de los insignes héroes, Que en medio de sus ruinas supieron combatir.

Y envano el mal patricio y envano el extranjero, Y envano los hipócritas sin ley ni religion, Intentan la República matar impunemente, A fuerza de maldades y á fuerza de cañon.

Que el degradante IMPERIO que establecer pretenden Los déspotas en Méjico, veránlo desplomar, Cual frágil edificio basado sobre arena Al impetu primero del libre vendabal.

¿Y España dónde ha ido cubierta de ignominia? ¿Qué busca por los mares su inestinguible sed? ¡Miradla—en el Pacifico tremolar sus banderas; A reclamar perjuicios irá al Perú talvez!

La táctica del fuerte ya está bien conocida, Los déspotas enseñan la ciencia del dolor; La flota de la España, la manda un descendiente Del criminal famoso que traicionó á Colon!

Pirata de los Reyes, invade el territorio De un pueblo democrático, con bética actitud; Y en nombre de sus amos, cual nuevo D. Quijote, Embiste con la prora las ISLAS del Perú.

¡Republica peruana! defiende tus derechos, Que triunfen ó perezcan tus hijos en la lid; Qué arrasen tus ciudades las llamas del incendio, Primero que los Reyes dobleguen tu cerviz!

(1) El ejército francés, ayudado por los mejicanos traidores y por los esclavos de Pio IX, triunfo de los defensores de Méjico, y bajo los auspicios de Napoleon III, ha fundado su trono el Emperador Maximiliano. Parece imposible que la degradación de los pueblos, llegue al extremo de la del pueblo mejicano, pero no hay que extrañarlo. Basta solo saber, que Méjico es la segunda Roma del mundo, para esperar de ella toda corrupción y todo crimen. Sin embargo, el honor de la Nación Mejicana fué salvado en Puebla, y el principio republicano está encarnado en el gran ciudadano Juárez, que con un puñado de patriotas, protesta á la faz del universo contra la dominación extranjera—Todo lo contrario ha sucedido en el Perú. Pezet, Presidente de esta República, tranzó cobardemente con los invasores, menoscabando la dignidad nacional; y el pueblo mejor que su gobierno, ha apelado á la revolución, para arrojar del poder al miserable que lo ha traicionado—Sirva el Presidente Juárez, de ejemplo de virtud y de heroísmo á los gobernantes de Sud América; y el pueblo peruano á los demas; derrocando á los gobiernos que abusen del poder y sean traidores á la patria!

Aunque la revolución no triunfe en el Perú por falta de elementos, el pueblo peruano tiene la gloria de haber protestado enérgicamente contra la traición de su indigno gobierno, y de haber firmado esa protesta con su propia sangre.

N. del A.

Repúblicas de América! la Monarquía avanza,
Y avanza por los flancos de la discordia vil;
Unidas sereis fuertes, pero en el aislamiento,
El despotismo os bate y os vencerá por fin!

Abajo los Gobiernos que á realizar se opongan,
La alianza entre los pueblos del mundo de Colon;
Perjuros y traidores, reciban por castigo,
Las iras de la patria, la maldición de Dios!

La tregua ha terminado—La fiera Monarquía
Con nuevos atentados, provoca á nueva lid;
De pie está la REPÚBLICA! sus héroes son los hijos
De Washington, Bolívar, Belgrano y San Martín.

Laurindo Lapuenta.

1864.

A Edelmira M....

¿No visteis, niñas, al nacer la aurora
Revestirse las blancas nubecillas
De oro, de azul y rosa?
¿Surjir altivos perfumados bosques
Del cristalino lago
Murmurando con lengua misteriosa
Y mirarse en sus aguas con halago?
¿Hender los aires derramando flores
La turba bulliciosa,
Mensajera de cándidos amores,
Que Venus misma con prolijo anhelo
Para cubrir de dichas nuestro suelo?
¿Rasgar el éter los dorados rayos
De la pupila ardiente
De Febo al despertar por el Oriente?
¿Mecerse gallardas
Allá en el fondo del azul espacio
Gigantescas colinas
De coral, de esmeraldas y topacio?
¿Y alzarse la armonía
Con que las canoras aves
Saludan el albor del nuevo día....?
¿Esa es la imagen de Edelmira hermosa
El delicado carmin de sus mejillas,
Su frente de azucenas
Ceñida por diadema candorosa
La aurora eclipsan y en sus ojos bellos
El sol halló sus fulgidos destellos.
Su suelta y perfumada cabellera
El márfil acaricia de su cuello
Y con gracia hechicera
Al agitar la cabeza
Su obúrneo seno juguetona besa.
Como el rojo clavel por el rocío
Humedece sus pétalos fragantes,
El puro aliento de su pecho blando
Sus finos labios rosa
Tornándolos brillantes
Al soplo de sonrisa voluptuosa.
Esbelta de contornos, su cintura
Cual frágil caña por la suave brisa
Inclinase insegura,
Mas con tal gracia y armonía tanta
Que envidia tuviera
La mas gentil asiática palmera.
¿Cuán encantadora y armoniosa
Es la voz de su mágica garganta!
¿Cuán deliciosa
El armonía de su dulce acento
Al modular su casto pensamiento!
Cual huye la ilusión apetecida
Burlando la esperanza
Que engalana fugace nuestra vida,
Así cuando se lanza
En raudos giros al compas del valse
Que su gracia embellece
Diáfana como el éter desaparece,
Y torna á relucir! y el triste suelo
Se reviste de luz y de colores;
Ya no en el cielo
Tan solo se encuentran moradores
De alas de nieve,
Que envuelta en rayos luminosos
Bajó á ser Edelmira
El orgullo de sus padres cariñosos.

Félix A. Mala'io.

Buenos Aires, Julio 29 de 1865.

Plácido.

Peregrino infeliz, alma probada
En el crisol del sufrimiento! El mundo
Si no maldice á asesino y llora,
Yo le daré mi maldición; y el llanto,
Única perla que la tumba pide
Colocaré en la tuya. Yo he nacido

Bajo el cielo de América, y hermano
Te reconozco envanecido. El Plata
No columpia en sus brisas los palmeros
Que toldaron tu cuna; pero en ellas
Se bebe á par del néctar de las madres
Fiereza y libertad....yo soy tu hermano,
Pongo las palmas en tu yerta frente,
Y mis manos de libre y de poeta
Te lavan del delito. ¿Cuál fué el tuyo?....
¿Llevar la sangre de español mezclada
Al fervoroso humor del africano,
Y en las sienes la llama del ingenio?
¿Tener el cuello á la cadena uncido
Como el bruto al arado, é independiente
El alma como Cóndor que sublima
Su vuelo en espirales hasta el cielo?
Si este tu crimen fué, yo te perdono!
Te absuelve el Dios que te abrigó en su seno
Y se alzan de la tumba á perdonarte,
Los mejicanos Césares, los Incas,
Las esposas del Sol....Y los volcanes
De los Andes eternos, rebramando
De cólera en tu muerte, sulfurosas
Y amarillentas teas te levantan!
Descansa en paz, no faltará á tu tumba,
Huérfano de una cruz! ni el agua santa,
Ni el funeral incienso....que las Musas
Te llevarán en las sonantes alas,
La purísima linfa del torrente,
Y los vientos del trópico su aroma.
¡Sublime criminal! ¡cuánto te envidio
La gloria que te espera! ya te siento
Bajo el rastrero césped que te cubre
Saltar de gozo al escuchar las liras
De los vates de América. Ninguno,
Avaro fué de su tributo en flores.
Ni al génio perseguido ni á los héroes.
HEREDIA huyó su esclavizada Cuba;
OLMEDO puso la mejor diadema
En las sienes del grande de Colombia,
Y espirando VARELA, á su tirano
Con punzadores versos le hirió el alma.
Te cantarán, te cantarán, oh Cisne
Del mejicano mar! dirán al mundo
Que la cuchilla de Pizarro existe,
Con su rabiosa sed de sangre criolla:
Que es delito tener tostado el rostro
Con el fuego del sol y que el tributo
Del amargo sudor de sus esclavos,
Pide aun Fernando en boca de su hija.

Juan Maria Gutierrez.

Valparaiso, 1845.

El ramito.

EN EL ALBUM DE LA STA. ANITA O....

Del jardín de mi retiro,
Por mi anhelo cultivado,
Un ramito delicado
Te dedica mi afección;
El será bien expresivo
Con su aroma y sus colores:
Que el lenguaje de las flores
Es sublime al corazón.

Una hermosa siempre-viva
Lleva unida á una azucena;
Un clavel el centro llena
De color de carmesí;
Una rosa perfumada
A un extremo vá sujeta,
Y á su lado una violeta
Que una malva oculta allí.

Es la malva tu carácter
Que jamás te muestra esquivo;
La invariable siempre-viva
Es Anita, tu amistad;
El clavel tu gallardía
Y la rosa tu belleza,
La azucena tu pureza,
La violeta tu humildad.

Muy feliz seré, mi amiga,
Si aceptando mi presente,
Me lo paga dulcemente
Tu sonrisa angelical;
Si el perfume de mis flores
Se confunde con tu aliento
Al llevarlas un momento
A tus labios de coral.

Alcides De-Maria.

La semana.

I.

¿Habeis leído, queridas lectoras, la Semana de Otsugua, publicada en el número anterior de la Revista?

¿No es cierto que se muestra tan severo para el Iris, como tierno y suave para el amor y el matrimonio?

Si el aura popular no hubiera hecho llegar hasta nosotros ciertos rumores, nos extrañaría ese entusiasmo por el matrimonio, en un hombre que no es ni cura ni sacristán.

Pero, el mundo es murmurador, y con razón ó sin ella, murmura que bien pronto el leon trocará su melena, por la blanca corona de azahares.

Debe ser sublime un leon con corona de azahares, ¿no es cierto, lectoras?

Pero, no descorramos anticipadamente el misterioso velo que encubre el futuro.

Ademas, tenemos que abandonar este tópico, para realizar el deseo de Otsugua, y no dejarlo con cara fea, como se dice vulgarmente; vamos pues á hablar de una agradable reunion que tiene lugar todos los Sábados y aun de las impresiones que hayan agitado al cronista en esa reunion.

II.

LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL.

¿Sabeis, lectoras, lo que es una derrota? ¿Una de esas derrotas que suelen sufrir nuestras caballerías, en las que no queda un solo hombre que no dispare?

Pues eso es lo que nos ha sucedido. Del numeroso ejército de nuestras pretensiones y nuestras esperanzas, no ha quedado un solo hombre en el campo de batalla.

Es el momento de esclamar como Francisco primero:— *Tout est perdu, hors l'honneur.*

Entre la práctica y la teoría, media un abismo se dice sien pre, y nada mas cierto.

Nosotros que criticamos á las beatas por su dedicación á los santos, eramos, sin embargo, devotos y devotos entusiastas de la Virgen de Dolores.

En su altar habíamos encendido las velas de nuestra admiración y nuestro sentimiento.

Pero la Virgen era sorda á nuestros avemarias y á nuestros golpes de pecho.

Sin embargo, en la noche del Sábado hizo un milagro.

Quizá como una protesta contra nuestra devoción, sopló el viento de los desprecios y extinguió el cirio de nuestras esperanzas.

De hoy mas solo podremos colocar una vela, en el altar de la Virgen.

Pero, no crean nuestras lectoras, que es por un exceso de pretensiones que hemos llamado á eso un milagro; sinó que tal es en nuestra opinion, el que viene á desmentir de un modo incontestable, el adagio vulgar de:—

No hay plaza que se resista
Cuando hay un año de asedio.

Y aquí encontramos ocasion, de hacer notar la verdad, de que es inmensa la cantidad de pólvora que se gasta en salvas.

¿Cuánta no hemos gastado nosotros inútilmente!

Nosotros que predicamos siempre la caridad, venimos hoy á implorarla; á pedir una limosna.

Nos hemos convertido en buzos del océano de la amargura, es decir, nos hemos sumergido en los pesares, y necesitamos una mano que nos auxilie.

Citaremos en nuestro apoyo á Victor Hugo:

Qui donne au pauvre, prête á Dieu.

Lectoras, dad vuestra mano, esto os pedimos á vosotras.

Y á la estrella de nuestra noche, al sol de nuestro día, al faro de nuestra mar, le pedimos que, aunque sea en el quinto piso de su corazón, nos guarde las hilachas de un recuerdo.

La retirada de los diez mil, ha terminado.

El ejército se ha disuelto.

Vamos á hablaros de la reunion del Sábado.

III.

Un baile, es una obra completa.

Una tertulia semanal, es un capítulo de una obra que se termina, con la última reunion de la temporada de invierno.

Para apreciar debidamente esas reuniones, seria necesario que la obra estuviera concluida.

Sin embargo de esto, nosotros vamos á ocuparnos de la tertulia del Sábado, es decir, vamos á examinar un capítulo.

Capítulo interesante y lleno de vida, y de sentimiento, que nos hace recordar las escenas de Marius y de Coseta, en los Miserables.

Porque, apesar de la completa frivolidad de las palabras que se pronuncian en una tertulia; hay en el fondo un profundo sentimiento.

Todos los corazones se abren, cuando una muger golpea en ellos, con esa aldaba mágica que se llama un wals.

Y los corazones solo se abren para dejar entrar el sentimiento.

Queremos penetrar en la tertulia y no sabemos por donde hacerlo.

Seguir el orden que allí se sigue y empezar por la loteria, seria inexacto para nosotros que solo buscamos el espíritu de esas tertulias.

La loteria como ya lo hemos dicho es el pretexto; el amor es la realidad, al menos estando con la máxima de que: Hablar de amor, es hacer el amor.

¿Porque, de qué mas puede hablarse allí?

Haremos una cosa; esperaremos á que el reloj al dar las diez, nos marque la hora de terminar la loteria, y nos colocaremos en la puerta que separa las dos salas en que se baila, para ver pasar á las no muy numerosas, pero sí escojidas niñas que forman esa reunion.

Precioso ramo en efecto, el que allí se forma, diremos empleando una figura harto vulgar, pero que espresa con fidelidad nuestro pensamiento.

Ved, esa violeta de los jardines sociales, como la llamó hace algun tiempo, uno de nuestros cronistas, esa preciosa morena, de ojos negros y fascinadores, y de sonrisa suave, que se muestra allí por primera vez, yendo á agregar, un bellissimo tinte mas al cuadro que allí se delinea.

Ved, á esa elegante camelia, á quien como al sol, la encontramos en todas partes, pero siempre mas hermosa y mas brillante y que hubiera agotado ya las fuentes de la admiracion si fuera posible que para la gracia á la belleza, se agotaran nunca.

Ved á esa:

Espléndida magnolia, con formas de mujer,

á quien hasta ahora no hemos podido mencionar en las columnas de nuestra crónica, porque segun se nos dice, su corazón le veda que asista á otras reuniones que á las de familia. ¿Cómo no ser enemigos del privilegio, cuando él es el que nos priva casi siempre de admirar una belleza mas en los salones de nuestra sociedad?

Ved, á ese heliótrolo del sentimiento, á quien, segun nos lo han hecho saber en sus crónicas, *Gravroche* y *Otsugua*, entristece la ausencia de un Secretario, yendo á buscar en la animacion de una tertulia, un bálsamo á sus recuerdos.

Ved... pero no queremos formar un catálogo de las niñas que allí se reunen.

Podremos agregar sin embargo, que si la tertulia estuvo magnífica, para los que como nosotros juzgan la bondad de las reuniones, por las niñas que las forman, estuvo sublime, para los que como un amigo nuestro juzgan de lo bueno de una tertulia por el número de mozos que hay en ella. El sexo feo abundaba.

¿Qué cuadro no necesita sus sombras, ni qué reunion seria agradable sin el sexo feo?

Sin embargo, en la noche del Sábado, notamos con pesar, la ausencia de una preciosa morena, modelo de gracia y de espiritualismo, á quien quizá un recuerdo, que nos permitimos calificar de importuno, marcó la necesidad de no asistir esa noche á la tertulia.

¿Qué, las brisas de Buenos Aires, son acaso tan perfumadas y tan dulces, que no pueda hacerlas olvidar, la ardiente brisa Oriental, á la que prestan sus perfumes, las rosas y las violetas, las malvas y los romeros?

Dejamos al porvenir la solucion de ese problema.

IV.

El Juéves, el día de nuestras esperanzas, ha sabido realizarlas esta vez.

El beneficio de Cubas estuvo magnífico. Cuanto hay de bello y de elegante entre las vírgenes Orientales, habia ido á abrigarse esa noche en San Felipe.

Las nubes, se habian trocado en un firmamento espléndidamente estrellado.

En fuerza de la concurrencia, la funcion habia perdido el carácter íntimo que le hemos encontrado otras veces. Ya no era una reunion de familia.

En medio de la risa, que provocaba la inimitable gracia de Cubas, ¡cuántos dramas misteriosos no se habrán desarrollado! Por medio de una mirada, ¡cuántos corazones habrán conversado largamente! Y por medio de una mirada tambien, ¡cuántas ilusiones no se habrán roto!

¿Qué importa? Esa es la vida. Una sonrisa en los labios y una lágrima en el corazón. Un jardín en un cementerio.

El teatro estaba magnífico; pero no hablaremos de esa sublime morena, la violeta

Oriental como le llamó en un tiempo *Zerimar*, ni de la muger *espléndida*; ni de su interesante amiga que es *toda chelo*, segun la espresion de *Calengo*, ni de la zona tropical de la hermosura, de la hija de un mártir como dice *Gravroche*.

No mencionaremos tampoco, á la *luz eléctrica*, como le llama un amigo de la graciosa criatura, cuya falta notamos en la tertulia del Sábado; ni á *mi buena amiga*, como decia... aquí ponemos un punto, por temor de cometer una indiscrecion.

Ya lo hemos dicho otra vez: somos *ultra unitarios* en la admiracion de la belleza, asi es que solo vamos á fijar nuestras miradas en uno de los palcos balcones, para admirar una criatura divina que allí se encuentra.

No hay una línea que sea imperfecta, en el óvalo de aquel rostro, ni un tinte que esté de mas en la púrpura de aquellos labios, ni un rayo que no sea magnético en la luz de aquellas miradas, ni un átomo que no sea sublime en la gracia de aquellas sonrisas.

Todo en ella tiene un sello de poética hermosura, de seductora gracia.

Si la belleza de los corazones se midiera por la de los rostros, el corazón de esa virgen no podria pagarse.

Concha sin precio de tan rica perla
Que el cielo te haga sin cesar feliz.

no pudimos menos de esclamar al contemplarla, recordando la espresion de un poeta.

Pero, á los mustios rayos de una lámpara de noche, mal brotan los pensamientos, en la estéril mente del cronista, y para hablar de esa belleza, lozana y pura, como los pétalos de las flores, necesitaríamos abrigar en nuestra cabeza, las inspiraciones del poeta.

Y desgraciadamente, para nosotros, las fuentes de la poesia están cerradas.

Dejamos el teatro!

V.

La Semana ha sido fértil en diversiones; asi es que si quisieramos, podriamos hablaros de la funcion del Miércoles en Solis, que hemos omitido, y del concierto de la Sociedad Filarmónica que tuvo lugar el Viernes.

Y en el que brillaba, espléndida, como siempre, la seductora reina de San Felipe en la noche del Juéves.

Pero si lo hicieramos, alargariamos demasiado esta crónica, que tiene ya cierto carácter de interminable.

Ademas queremos hacer una pregunta á nuestras lectoras.

¿Piensan Vdes. ir á la funcion que Paul Julien nos ofrece esta noche en Solis?

Confiamos en que sí, porque si no lo hicieran, los asistentes solo podrian gozar *in partibus*, como diria *Otsugua*, que parece que hubiera comprado algunos cargamentos de esa frase, segun lo poco que la emplea, en la relacion de la última Semana.

Si vosotras no vais, el teatro estará triste.

Para poder apreciar toda la sublimidad del artista, es necesario que á la vez que los melodiosos ecos del violin arrullan el oído, la vista pueda fijarse en algun punto luminoso del teatro, en el rostro de una mujer linda.

Pero, oigo sonar el reló: son las tres de la mañana.

¿No creen mis lectoras, que es una hora muy apropiada para dormir?

Que Vdes. descansen.

Guasimodo.

La caída de las hojas.

RECUERDO Á MIS AMIGAS DE BUENOS AIRES.

I.

Era la estación de las hojas, cuando la historia que voy á referir sucedía.

El suelo amarillaba cubierto de ramas y hojas marchitas que se desprendían de los árboles como el último ay! de dolor por los vientos de invierno, y pálidas arruyadas caían alfombrando el piso en mil diversos colores, resplandeciendo á lo lejos, ya como un fino tapiz de oro que los céfiros solían levantar, ó como la cortina que se entreabre, ó ajitadas de cuando en cuando por fuertes ráfagas sonoras remolinaban y giraban en círculos varios alzándose en ligeras espirales que el viento deshacía.

A veces aparecían algunas mañanas los campos de cristales por la nevada de la noche.

Otras veces amanecía opaca, triste, nublada y hasta muy tarde cuando el sol se elevaba ya alto, la naturaleza permanecía cubierta en vaporosos velos, por los celajes y cerrazones de invierno, como virgen que saltando del lecho envuelta en blancos tules sale á recorrer los jardines deshojados.

Así escondíanse las magníficas perspectivas de Otoño, mas simpáticas para las almas tristemente enamoradas por el fondo de melancólica ternura que resalta en ellas.

La naturaleza llora en esa época del año en el rocío de la noche, y en las lágrimas de la mañana.

El árbol se desnudaba en su follaje y las plantas perdían sus flores y sus gajos.

Los pájaros ya no cantaban. La naturaleza ya no revivía, se adormecía. Parecía que su última sonrisa se hubiera congejado en todas sus formas.

Entre aquellas tristezas del tiempo, y de los árboles aletargados por el dolor ó por el frío, fué que languideció para siempre el espíritu de la hermosa Carolina.

II.

En medio de un océano de plata, casi imperceptiblemente dividido por una angosta faja de arena dorada, la Isla de Martín García asoma, rodeada por las aguas, como un peñón de esmeraldas, ornada de una diadema caprichosa que forma á lo lejos el verde de su ligera vegetación y los blancos arenales de su centro vidriados al rayo del sol, cuando apenas su cima verde empieza á descubrirse sobrenadando entre las olas.

Una senda tortuosa, estrecha, y serpenteando costea el borde superior de su mas alta colina, descendiendo entre las torrentelas y bajíos de los barrancos frente al canal—A pocos pasos de esta huella, medio oculto por la maleza y el pasto, descúbrese un pequeño sepulcro, blanco como la nieve,

como el lecho donde una virgen duerme el sueño eterno.

Aquel paraje es poco frecuentado. Sin embargo, apesar de su aislamiento alguien vagaba noche á noche por mucho tiempo al rededor de esa tumba solitaria, escondida entre la rama y lluyales, que el tiempo respeta allí en toda estación, y crecen altos y salvajes, y se inclinan como si la naturaleza condolidada hubiese intentado echar un manto fúnebre verdi-negro en su duelo, como las cortinas que cubren el sueño de la muerte.

Hasta el último invierno descubriábase por la mañana algunos pasos frescos en el entumecimiento de la yerba.

Alzábase dentro las flores y las matas un pequeño sepulcro de forma chata y un abovedado, como una gran concha volcada, cual suelen los indios en su poesía salvaje, volcar sobre la ribera y cubriendo el cadáver del marino naufrago, la barca en que sozobró, como en señal de que no volverá á navegar mas en ella.

Un musgo verde, finísimo, y como igualado por el tiempo, se extendía por el exterior de las pequeñas paredes; descubriase dejando ver entre sus intersticios algunos pequeños caracoles, conchitas adheridas á la cal y pedacitos de nácar mezclados entre la algamasa que hacían de aquel monumento, una urna de naques y esmeraldas.

En un medio círculo de arena, en el piso frente de la puertita de entrada, estrecho y removido, orillado por la grama que pugna en crecer, solía verse grabada la huella de un pié.

III.

Algunas noches oscuras, cuando las olas azotan la ribera, ó cuando la tempestad hace retemplar toda la isla, preguntaban los chiquillos del barrio bajo, á la madre que salía á la vuelta del rancho á descolgar la ropa que tendida por la tarde, quedó olvidada, bajo el alero.

—«Madre! ¿qué ruidos son esos? ¿qué es aquella lucecita que anda bajando allá por la cima de la colina?»

—«Calla, hijita, entra; es la luz mala, hoy hay tormenta; aquella es el alma en pena de Carolina.»

Y la niña entra, muerta de miedo y temblando, sin comprender las palabras de la madre.

Y el ruido y la luz que se ha visto, era alguna vela encendida en el sepulcro de Carolina, y el choque de las cadenas, y los gritos de los marineros que amarran los pequeños barcos que cargan la piedra, temerosos de la furia del pampero.

Al pié de aquella pequeña tumba solitaria, aislada, desierta, que no es hasta hoy sombréada por ningún árbol del dolor, y donde pájaro alguno detiene su vuelo para largar al viento su tristísimo canto de dolor, medio cubierta por los lluyales salvajes que crecen entre los que suele inclinarse apenas alguna rosa perdida, ó una blanca flor de margarita, se abre una inmensa cantera de piedra, á su borde se eleva la cruz, como la fé que domina.

La historia de un ángel que plegó sus alas, y hoy guárdanse allí los restos de arci-

lla y barro, que animó su espíritu, vamos á recordar.....

IV.

Un poeta que aunque no nació en Italia, fué aquella patria de luz, cuna de su inspiración, cuenta que cada país del mundo que ha pasado, es para él la historia del hombre mas grande, poeta, pensador ó guerrero que allí nació.

Las márgenes de Loreto es la cuna del Tasso, y la *Via Vecchia* en Roma la tumba de Virgilio.

Nosotros que no contamos esos grandes, no podemos seguir nuestro itinerario por la luz de los géneos que han pasado.

Por esto es que para el autor de estas páginas, el recuerdo de los pueblos por que pasa no son los hombres, «son las mujeres.»

Pero reviven los pueblos y los desiertos por el episodio que á ellos nos unen, y nos es grato recordar á lo lejos los días que huieron.

Martín García es para nosotros, una fecha y un nombre, un combate y un amor.

En 1859 conocimos por primera vez aquella isla. El 14 de Octubre de ese año, la isla fué estremecida por los cañonazos que se dispararon. Junto con aquella historia de guerra otra historia de amor se sucedía. Ambas significaban una lucha, Carolina murió, la isla resiste.

Días há, al emprender esta campaña, pasando por ella vagamos; como quien desea recorrer el camino trazado en otra hora por su propia huella, bien como aquel que vuelve por la misma vía que pasó reconociendo los árboles, la tierra, el barranco, los sitios solitarios, donde uno descansó, ó meditó un momento en el viaje continuado de la vida, recordando aquellos instantes pasados, buscando y descubriendo con interés y anhelo la senda tortuosa y estraviada que conducía por sitios y lugares mas solos y apartados, aunque no los mas próximos á la choza de la linda pastorcita que solíamos acompañar al recoger por las tardes su rebaño.

V.

Vagamos lloviendo; una garúa fina, fría, penetrante continuaba callendo sin cesar, y empapando el piso hacia mas resbalosa y difícil la subida á la isla.

Como nuestra estadía debía ser breve, cruzamos en pocas horas, apesar del mal tiempo, toda la isla, hasta que al confin del camino principal que la divide descubrimos en una altura hácia la derecha, una casita.

Su techo de zinc mojado por la lluvia, cuando el sol reflejaba, aparecía como una lámina de acero bruñida; á la sazón estilaba diamantes en las finas gotitas pendientes de todas sus estremidades.

A un lado, un poco separado de la casa, se veía el pequeño corral, donde ya estaban encerradas las ovejas y los tiernos corderitos balando.

Un gran mastín, perro ovejero, como guardian de aquel rebaño, atado al pié de su casilla junto á la puerta del corral, gruñía, empezando á ladrar y enfurecerse así

que nos vió, anunciando nuestra llegada con sus gritos y aullidos.

Pastor S. Obligado.

(Continuará.)

Los representantes de la humanidad

POR R. W. EMERSON.

Version castellana para la «Revista.»

UTILIDAD DE LOS GRANDES HOMBRES.

Creer en los grandes hombres es una cosa natural.

Si los compañeros de nuestra infancia llegasen á ser héroes, y si su condicion llegase á la realeza, no nos sorprenderia. Toda mitología empieza por semi-dioses colocados en circunstancias elevadas y poéticas, porque su genio es soberano. En la leyenda de la Gautania, los primeros hombres comian tierra y la encontraban agradable.

La naturaleza parece existir para los seres excelentes; el mundo se apoya en su veracidad; ellos vuelven saludable la tierra, y aquellos que los han frecuentado han hallado la vida alegre y nutritiva. Nuestra fé en una sociedad tal, es capaz de dulcificar la existencia y hacerla tolerable, y en la realidad ó ilusoriamente nos esforzamos en vivir con los hombres superiores. Damos á nuestros hijos y á nuestras tierras sus nombres, que se han intrusado en los verbos del language; sus obras y sus efigies decoran nuestras viviendas, y cada circunstancia del día nos recuerda una de sus anécdotas.

La pesquisa de lo grande es el sueño de la juventud y la ocupacion mas seria de la edad viril.

Viajamos en los países estrangeros para descubrir sus obras, y, si es posible, para entrever su esplendor; pero solemos encontrarnos desencantados por la riqueza que ocupa su lugar.

Me direis que los Ingleses son un pueblo práctico, que los Alemanes son hospitalarios, que el clima es delicioso en Valencia, que hay mucho oro á recoger en las montañas del Sacramento.

Es verdad; pero yo no viajo para ver pueblos confortables, ricos, hospitalarios, un cielo puro ó barras de oro que cuestan muy caro; y si existiese un iman que indicase los países y las habitaciones de los hombres intrinsecamente ricos y poderosos, yo venderia todo para comprarlo, y hoy mismo me pondria en camino.

La especie humana vale entre nosotros en razon de su crédito.

El conocimiento del hecho de la residencia del inventor de los caminos de hierro en una ciudad, aumenta la consideracion de todos los ciudadanos.

Pero las poblaciones enormes, compuestas de mendigos, son tan repugnantes como un queso que camina solo, como un monton de hormigas ó de pulgas—Cuanto mayor es el número, peor es el mal.

Nuestra religion consiste en amar, y en adorar esos divinos patrones.

Los dioses de la Fábula marcan las épocas brillantes de los grandes hombres. Nosotros vaciamos todos nuestros vasos en el mismo molde.

Nuestras colosales Teologías, judaica, cristiana, budista, mahometana, son el acto

necesario de la estructura del espíritu humano.

El historiador se parece á un hombre que entra en un almacen para comprar géneros ó zapatos; él se imagina poseer un artículo nuevo, pero si visita la fábrica, reconoce que su nueva mercancia, reproduce aun los violetas y los rosados de los muros interiores de las pirámides de Tébas.

Nuestro teismo es la purificacion del espíritu humano.

El hombre no puede pintar, crear ó pensar sino el hombre.

El cree que los grandes elementos materiales han tenido su origen en su pensamiento, y nuestra filosofía constata una sola Esencia indivisa ó en reparto.

(Continuará)

Colaboracion.

Santiago del Estero, Julio 10 de 1865.

Amigo Tavorara:

Por los diarios de Buenos Aires, he sabido que has vuelto á la patria querida despues de dos años de peregrinacion, y que no olvidando tu amor á las bellas letras, has fundado un periódico literario; te felicito por lo uno y lo otro, y como yo tambien cojeo del mismo pié, quiero decir, soy chupucero de literato, desde ya te propongo mi colaboracion.

¿La aceptas?

Por lo que pueda suceder, te adjunto una composicion que he compuesto en honor al día de ayer por la inauguracion de una columna erigida en esta ciudad á la memoria del General Manuel Belgrano.

Ante la justicia del acto, ante la gratitud de este pueblo manifestada en este mismo acto, no he podido permanecer mudo, y he tocado el laud.

Hijo de una generacion de gigantes, no pude ni quise renunciar á la gloria que ese día nos recuerda.

Sí; que jamás las Naciones setentrionales de la América se mostraron mas grandes al mundo que, cuando los génios de la libertad y las victorias cobijaban con sus blancas alas á los Belgrano, San Martin, Bolivar, Sucre, Moreno y otros cuyos nombres la historia ha recogido.

Jamás los pueblos Americanos se mostraron mas vigorosos que cuando, con su grito de independencia, conmovieron desde Magallanes hasta Colombia, desde el Atlántico hasta el Pacifico, hiriendo los tímpanos de hierro de los reyes que se sentaban en los carcomidos tronos de la Europa.

Pasarán los tiempos, y cuando en la carrera de los siglos las generaciones futuras se detengan á estudiar los hechos heroicos del pueblo de Mayo, de ese pueblo que, inerme y empobrecido, luchaba y vencía al poderio de España, apenas se podrá creer la mas imparcial relacion que haga la pluma de la historia para admiracion de la posteridad.

Y mas aun se admirará al ver á ese mismo pueblo en medio de las batallas, entre la sangre, la desolacion y la ruina de sus hijos, acordarse de que era necesario asegurar su libertad política y su independencia, y procurar formar un Congreso que lo representase dignamente, é hiciese una declaracion solemne que le emancipase del

Señor que por espacio de tres siglos le habia dominado.

Ese Congreso se reunió al pié del Anconquija, y ayer hicieron cuarenta y nueve años que el génio de la democracia anunció al mundo que los pueblos del Plata se habian erigido en República independiente y habian ceñido la frente de la patria con el Gorro frigio, símbolo de la Libertad.

Belgrano, el ilustrado abogado, el valiente militar, el esclarecido patriota, es talvez el que mas contribuyó á ese fin, y su nombre que pertenece al reino de la historia, está esculpido en el alma de los pueblos argentinos con caracteres mas indelebles que si lo estuviera sobre los mármoles de Fidias ó sobre los bronces del Benvenuto Cellini.

Hé ahí, querido amigo, explicado el porqué pulsé la lira en conmemoracion del bautismo que recibió ayer un monumento que nuestra generacion lega á las generaciones futuras.

¿Necesitas que te descifre esta palabra Belgrano?

¿Hay por acaso, quien no lea en ella la página mas bella del libro de oro de 1810?

Belgrano no es meramente un nombre, no es tan solo un pensamiento—no; es un programa político sublime lo que esa palabra encierra.

Belgrano es la herencia que una República naciente recibia al morir un Virreynato.

Belgrano, en fin, es el alma del pueblo de Mayo, es la vida de la Revolucion de 1810.

Pero ¿porqué Santiago dedica á él este monumento?

¿Es acaso para conmemorar esos hechos? No!

Es porque los pueblos libres tienen en su alma los sentimientos nobles que la libertad trae consigo: la gratitud es uno de esos sentimientos, y Santiago al dedicar á Manuel Belgrano este monumento, cumplió con el deber que su conciencia de pueblo libre le imponia.

«Al que dotó la primera escuela pública de la Provincia de Santiago»—hé ahí lo que se lee en esa página en blanco, que levantada en esta ciudad se mostrará orgullosa al porvenir.

Pero... ya bastante te he fastidiado con mi vil prosa; allá van los versos.

Publicalos, si te gustan.

Recuerdos al Negro gotoso, y tú no olvides á tu amigo que siempre te aprecia.

Luis V. Varela.

Sumario.

A S. M. la Reina Doña Isabel II, poesia de Manuel Fernandez y Gonzalez—Caridad III: la noche, poesia de José Pedro Varela—Recuerdo, poesia de José Pedro Varela—Salambó, de Gustavo Flaubert, traducida por Agustin de Vedia (continuacion)—El último día de un condenado, por Victor Hugo (continuacion)—Diario de viaje, por Salas (conclusion)—Las revoluciones, por José Pedro Varela—La decadencia de la poesia, por Sagitta (conclusion)—Correo de Paris, por B. M. M.—Apuntes históricos, por Gregorio Perez Gomar (continuacion)—Serie de los Emperadores Incas del Perú—El duque de Rivas, por Elgarido—La caridad, por Saule—Republicana VI: Perú y Méjico, poesia de Laurindo Lapuente—A Edelmira M...., poesia de Felix A. Malato—Plácido, poesia de Juan Maria Gutierrez—El ramito, poesia de Alcides De-Maria—La Semana, por Cuasimodo—La caída de las hojas, por Pastor S. Obligado—Los representantes de la humanidad, por R. W. Emerson—Colaboracion.